



3 1761 08168216 3

F
1407
V55



CIEN CABEZAS
QUE SE USAN



OMAR VIÑOLE

CIEN CABEZAS
QUE SE USAN



EDITORIAL CLARIDAD

BUENOS AIRES

F
1407
V55

Un escritor sin oposición, es un escritor
que ya ha desaparecido.

OMAR VIÑOLE.

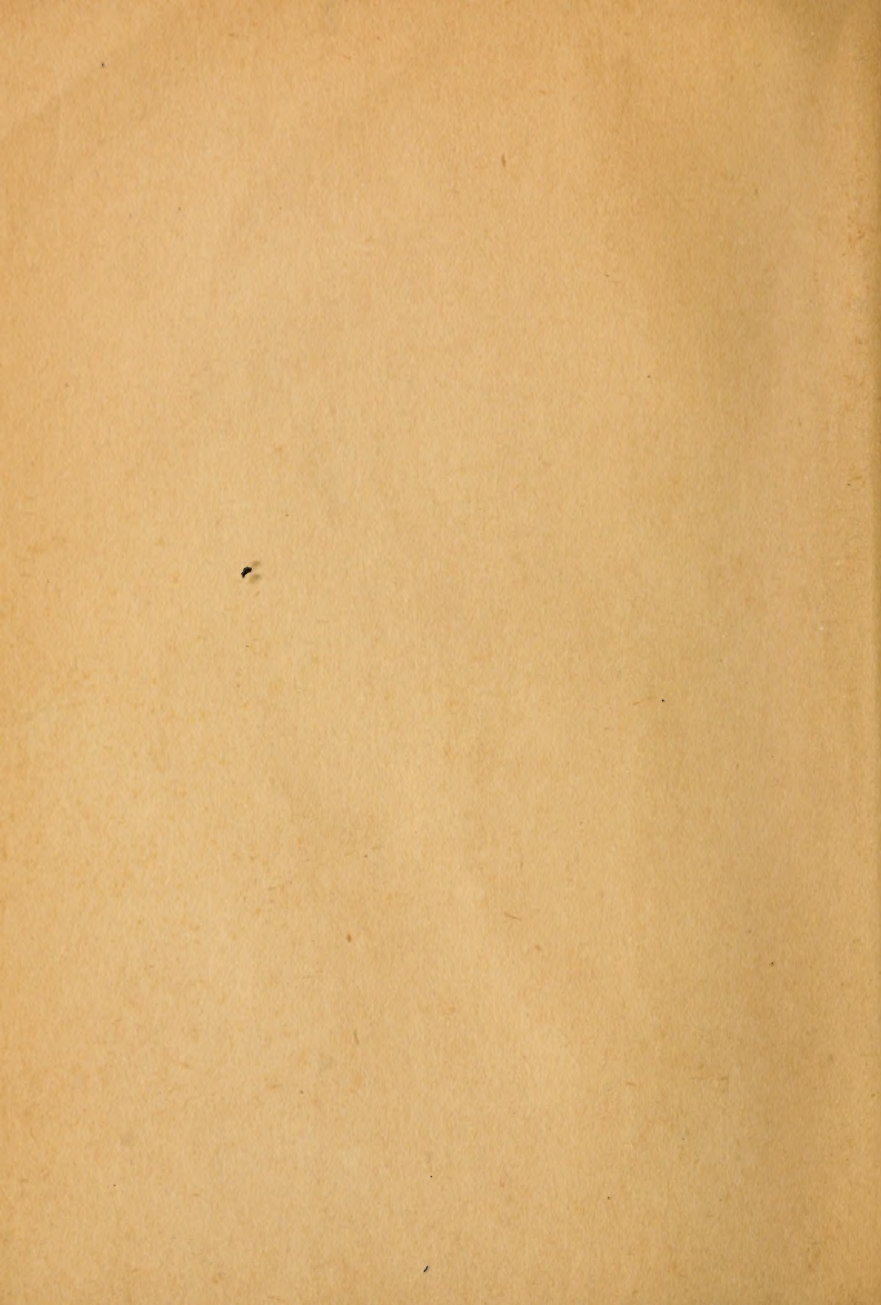
El humorismo y la sátira, es una forma de
precipitar los pronunciamientos. ¡Es su úni-
ca virtud persistente!

OMAR VIÑOLE.



En este “dispensario de fantasmas” baila tranquilamente el afán de un escritor que excita, mediante estas neobiografías, el milenarismo problema de la soledad a que se ve sometido el que tiene algo que decir. Además, contribuyo a dar una explicación de la actitud —extraña y juvenalesca— con la cual conseguí debutar de pregonero de mí mismo. El escritor o artista que no sabe ser empresario de su finalidad social, carece de la visión de su destino. El que se propone hacer un viaje debe realizarlo. Sino que no salga de su “turgurio”.

OMAR VIÑOLE.



PROLOGO

Todos los escritores quieren descargarse de la necesidad de un libro, recurriendo a la magia de los revulsivos, para que los tumores que abundan en la prosa, se diluyan, mediante una técnica, casi diríamos, vegigatoria. Los abscesos de fijación tan usados en la edad media, por la incipiente medicina, están de actualidad, en la literatura. Se aloja aguarrás entre cuero y carne, para que allí acudan los humores que "viven" en otra parte del cuerpo. Cuando empecé a escribir "Cien cabezas que se usan", creía sinceramente que podía hablar de cien hombres contemporáneos, a los cuales yo hubiera tratado, y de los que no tuviera ese secreto repudio. Si yo fuera un lacayo, tampoco lo podría ser de otros lacayos. Pero no se sorprenda el lector, si desnudamente, declaro que son tan atorrantes la mayoría de los que valen algo, que me he concretado a dar los puntos cardinales y la sugestión de valores contemporáneos, que no figuran sinó en la geografía de mi espíritu. Cuando yo vine a Buenos Aires, me encontré como se encontraba Marcial, en Roma, poeta que estaba frente a la nombradía, en monumentos de viento y de gas. Visité a todos los que se habían metido con la colectividad; novelistas, escritores, escultores, periodistas, artistas. De algunos, conservo recuerdos e impresiones cariñosas. De la mayoría, para qué decirlo. Son unos pobres desgraciados inéditos. Si mi aspecto de matarife no les hubiera dado esta sensa-

ción de solvencia alimenticia, es probable que no me hubieran recibido. Muchos, por curiosidad, para decir que habían estado con el "hombre de la vaca", y otros, para explicarme que eran incomprendidos y no se les hacía justicia. Extraña tesis la de los intelectuales argentinos. Son generosos por correspondencia. ¡Qué perfecto es un amigo que vive en otro país! Pero ya de cerca, se hace trizas la lira. Yo tuve que llamar la atención con medios arbitrarios, y no podía detenerme a litigar con la prudencia. Justamente, es la imprudencia mi gran característica. La imprudencia de Valerio, de Juvenal, de Quevedo, de Rabelais, de Cervantes —se me cayó, perdón — perdón.

Me acuerdo que cuando saludé a Enrique Amorim — tan cariñoso por carta—, me dió el número de su teléfono. Loñcán, mientras traspiraba su alcohol metílico y ese mal aliento que usa hasta los domingos, me aconsejó que lo visitara en "La Nación". César Carrizo se escondió, temiendo que yo fuera un monstruo que me paseaba con el ombligo en la nuca. Soiza, me instiga a que lo "escuche mañana", por radio. Enrique González Tuñón, me hace notar que una cosa es popularidad y otra celebridad. Rojas Paz, se asombra de que yo ocupe la atención periodística. González Carbalho, se indigna de que tenga talento al servicio de las imprecaciones y lo estúpido. Homero Guglielmini —famoso y no por la pluma— se olvida y se hace como si no me conociera más. Arturo Capdevila, no me recibe, porque está escribiendo versos para la fábrica de cigarrillos Fontanares. Mariano de Vedia, está oyendo a Giacobini. Sólo Korn, el filósofo, me hace llegar estas palabras: "dígalé a Omar, que no lo busco, porque no tengo nada para decirle. ¡Estamos de acuerdo!" ¿Cómo olvidar el gusto de la anchoa de estos platos? Y eso que yo no venía a pedir nada. Que no quería nada. Que no preciso nada. Por-

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

que el escándalo —del cual soy empresario—, me lo manufacturo yo.

La desmoralización, hubiera sido el personaje central, sino supiera desde hace tiempo que mi cinismo ha suplido a la comprensión de los escritores de mi época. Yo agoté hasta la médula el ensueño por la causa de mi pueblo. Y cuando ese pueblo no supo medir mi dolor, no me quedó otro camino que escupirle mis verdades. Hombre joven de América. Cuando te abofeteen, tú también, date al libertinaje de abofetear, que ninguna sociedad aguanta el ojo de un hombre puro.

Yo me acuerdo cuando comprobé el plagio de un libro que hiciera el senador nacional Heriberto Martínez, bajo su firma. Le enrostré la desvergüenza periodísticamente. ¡Me quería morir! Renglón por renglón, página por página. Pensamiento por pensamiento. El explicó que sólo se trataba del olvido de las comillas. En tanto yo quedé postrado por su delito; él —risueño—, recibía los honores de ciudadano al que todavía —de aguinaldo—, se le da pasaje gratis y medalla con inmunidades. Para no volverme loco deveras, he tenido que hacerme el idiota. Lo hice mientras pude. Agotado mi ingenio y descubierto que yo admitía los diagnósticos precoces, para azotar, no me queda más recurso que hacer pública la razón que me ha tenido cerca de las trivialidades. Estoy solidarizado con el drama de los que teniendo talento, no tienen pan. Marcial, en la época de la decadencia romana, gritaba desde su cuaderno satírico: "Tengo hambre, mientras Lelio, para mover su vientre, gasta, con lo que yo podría vivir un año entero." Esas víboras que se tragan los que no aman al hombre —porque lo engañan— son las que no he tragado yo. No hay más que dos tipos de obras intelectuales, que salen de la mano del hombre. La técnica y la emotiva. La que enumera hechos que ha de darse, sistemáticamente en todos los gabinetes y la otra; la que ha de reproducir-

se en todos los corazones. Aunque parezca que estas páginas son afanosas de vanidad y persisten en desbordarse de narcisismo, debo hacer notar, que he buscado que sea frágil su contenido, para que pueda ser accesible al que está formando su personalidad. Cuando la juventud argentina tenga el valor de la verdad de su conducta, frente a los demás hombres que lo rodean, habremos elevado el nivel. Es cierto, que no se apoya la desesperación del que va hacia su conquista. Que no se le quiere y se le ataca despiadadamente y sin cuartel. Pero también es cierto que no vale la pena, por media libra, amputar el derecho a ser un hombre como Dios quiere que sea.

Max Nettlau, en su "Esbozo de Historia de la utopía", da cuenta, con una fecunda documentación, de la finalidad constructiva de todo mecanismo absurdo. Si remontándonos al génesis de la propia teología en la que se amamanta —raqúiticamente— el Estado, advertimos el origen indemostrable del paraíso, veremos que, a la postre, la prohibición del mal, sólo es una de las imaginarias utopías empleadas para aliviar la tarea de los hombres del trabajo pesado que importa ser miserable. Diógenes, con su barrica y su farol, flageló su dignidad terrestre y social, para lograr la inmortal. Los progresos de la libertad del alma, no distan de los que se usaron en la primera edad, por adquirirla. Dominamos, cuando nos matamos a nosotros mismos. Sirva el proceso —casi místico— de mi aparente degradación; de sistema, para obedecer a las fuerzas que trabajan y operan en un hombre y en su temperamento. Para emanciparse de toda la deleznable medianía coetánea, que me toca vivir, he tenido que despreciar los halagos del aplauso. Y yo sé bien, que no es leyenda mi aptitud científica, filosófica y artística. Me lo dicen esos siete países que han traducido mis obras, en tanto que en el mío, no serviría para ocupar una plaza de bomberos.

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

¡Cómo será de pequeña la gente que me rodea, que no cree codearse con un espíritu que se parezca al de Tintoreto, al de Miguel Ángel —no tiene nada que hacer con Miguel Ángel Cárcano— o al de San Agustín, que al fin y al cabo también calzaban cuarenta y cuatro y tenían dos riñones. He explotado este *aff-naff* de tragedia y comedia, porque mi autoridad no la he puesto para dañar, sino para corregir. Me he pronunciado satíricamente, porque yo mismo he sufrido antes que la víctima, la impresión de los instrumentos cortantes. Mi sueño de justicia, es fiambre. También es fiambre "La gloria de Don Ramiro", que fué escrita hace trescientos años por un cura español. Acepto. Seré un ídolo malsano inducido o enfurecido contra los que me han expulsado. Me han economizado las fuerzas que hubiera gastado en agradecer.

Ya el sublime pederasta Oscar Wilde decía que la gratitud es denigrante. Sólo agradece el que se crea de la estatura del favor. La resignación atrofía. Ved a esa Academia de Letras argentinas. Los que están allí, son los resignados. Exploradores de regreso. Se juntan de tarde en tarde para disfrutar de una compañía que atenúa la tristeza de estar solo en el fracaso. Entretanto, yo he escapado a la banalidad, porque he preferido ser sumiso al error que tiene mi gota de agua. Si ésta se incorporara al impetuoso torrente del océano, sería más desastrosa para el género humano. Horacio Valdéz, uno de los paralíticos generales de mayor talento jurídico de Córdoba, se alegraba que yo estuviera desunido del academicismo. Cuando más esquivo se es, en la botánica de las almas, a la temperatura de los invernáculos, mejor se destacan los caracteres de la genética vegetal.

La libertad de la realización es el secreto. Cada hombre debe llenar la misión que él trae. Si ésta no concuerda con los sistemas ideológicos en boga, no castiguetos. Escuchemos. Acaso el pecado mortal fué parecerse a sí

OMAR VIÑOLE

mismo. Esto en lo que se refiere al escritor. Ya en el campo experimental, es imposible y peligroso educarse en la trama vacía de la creación personal. En algún momento de mi vida de escritor, creí que podía ser insustancial mi júbilo o mi tristeza. Sólo ahora compruebo que es —ni más ni menos— el caso individual el que penetra la moralidad de la especie. Nacer, morir y comprender. Escenas estrictamente individuales.

OMAR VIÑOLE.

RAMON J. CARCANO

Ramón J. Cárcano es uno de los pocos hombres públicos que quedan dignos de ser tratados sin violencia espiritual. Empezó su oficio de estadista, como otros empiezan el de talabartero. Se sometió al interrogatorio de las masas, porque él tenía algo que contestarles.

Su iniciación en la vida pública, no tiene nada de extraordinario. En la época que Cárcano empieza a actuar, era permitido mezclar las ideas con el estado. Los dirigentes de aquel entonces miraban con simpatía a los muchachos minados de afanes superiores. Las leyes de la lucha, no se arrastraban como hoy. Los que gobernaban, no eran tan inhospitalarios. Había costumbre de entrecruzar pensamientos, de canjear esperanzas, de ligar finalidades.

El talento no era tan despreciado. Los partidos se adelantaban a ofrecer una plaza. Cabía un ciudadano que se acordara que era argentino. Cárcano fué el ambicioso legítimo. Nació con el genio colonizador. Registró el pensamiento de su pueblo, y peleó para que ese pueblo le diera los instrumentos con los cuales podía establecer su capacidad. No se inicia regateando. Empieza separando los montones de obstáculos y llega hasta donde quería. Cárcano siempre supo lo que hizo. Por eso fué el mejor y más científico de los políticos. Para realizarse él mismo, le ayudó hasta su "envase". El hombre público que está pavimentado de

rispidez estética, tiene desencadenada, encima, una tormenta. Los barrotes grotescos, encarcelan y no dejan salir afuera las aristas delicadas. Porque un político desnutrido, desgarrado, no gravita ni remueve las esperanzas, por arriba de la funeraria urna de su exterior. Pero si tanteando el físico, podemos decir que Cárcano como Quintana, Pellegrini, etc., fueron asalariados de la naturaleza, sólo habríamos dicho una cosa pueril. En la cabeza —dentro de la cual algunos políticos sólo tienen caspa—. Cárcano tiene sesos.

Cuando los cordobeses, tan astutos en negar y en disimular las virtudes ajenas, quieren regodearse, dicen: "nosotros hemos tenido Gobernantes como Cárcano". Bastaría esto, para entendernos. Pero si como estadista, supo darle a la provincia de su nacimiento, la prueba de su almacenamiento jurídico en toda la obra enorme con que la engrandeció, como escritor y publicista, puedo asegurar, sin peligro de referirme a una presunción, que Cárcano es el único hombre público que disecó los vicios electoralistas, para mostrarlos como una lacra eczematosa, de nuestra organización.

¡Qué lamentable idea tenía de todas las moscas que rodean las partidas del presupuesto! Político de confección fina, despreciaba la técnica burda. La entendía con esa sonrisa, mitad trincheta de zapatero napolitano y mitad perdón. En el pintoresco jardín de la política aldeana, Cárcano, era la gardenia. "Usted exagera su honradez, le dijo una vez a Pedro Frías, que debutaba de Ministro de Obras Públicas". Admirable mandoble, dado a un politicastro, (que entre los deberes de su cargo, se alarmaba de ser honrado). ¡Cómo sería de canalla en su íntima conciencia, que los que otros juzgan una norma, Frías lo comentaba como caso único! Así

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

en todo. Sus aguijones, los mandaba al mundo con zapatos de goma. El aguarrás los alojaba intramuscularmente. Para que ardiera más. Cuando alguien le regañaba, le hacía notar que le tenía lejos de sus decretos porque era el favorito de su corazón.

Expoliaba el ingenio. La más simple palabra que promulgaban sus labios, estaban unidas a la travesura crítica. Propicio a la filosofía del estado. Sabe distinguir el bien económico, con las formas espirituales de la sociedad en que vive. La moral administrativa, era salvada por sobre todo y por arriba de todo. Entiende que la calidad suprema de un político o de un gobierno, se advierte y se destaca por el plano intelectual en que se desenvuelve. Cárcano aseguraba que los partidos que empujan a sus afiliados al error, se separan de la verdad. Magnánimo y señor desde su cargo. Ateo del patriotismo de los otros, Cárcano creía en el suyo. Porque esa semividencia humana de su carácter político — que era intelectualista —, estaba distante de la habitual alquimia de los posibilistas que adulan al que manda.

Fué dos veces Gobernante y habría sido tres si lo hubiese deseado. Córdoba no lo quiere. Lo respeta. No puede sustraerse a la veneración del hombre que le enseñó la ruta elevada.

En aquella carta que me escribiera a propósito de mi disidencia con la agrupación en la que había militado desde su campaña, y mi candidatura a diputado nacional, que fué proclamada por el partido "Pan y Tierra", me decía: "sus adversarios políticos, en la ceguera de su pasión, quizá le nieguen sus condiciones, pero no podrán dejar de reconocer su talento original, libre y contundente, raro sobre esa pampa monótona. Hasta cuando usted des-

cansa se transforma en campeón. Alcibiades corta la cola de su perro y se entretiene oyendo los comentarios de Atenas."

¡Qué alegría tuve con esa carta! Este buen amigo, comprendía el carácter de esa pintoresca candidatura, donde yo, para anticiparme a financiar mi derrota, le había impreso cierta sabrosa anilina.

La ciudad de Córdoba estaba llena de cartelones que decían:

"Omar Viñole. Candidato a diputado nacional, por el partido "Pan y Tierra". "No soy ni sordo, ni mudo, ni ciego". No será un año en la Cámara.

Todo el asco y todo el fastidio escupido al muladar de la política inferior. Cárcano me fortalecía, al descubrir un estado de mi espíritu, semejante al que le llevara a ser un perpetuo disciplinado en la ciencia de manejar al pueblo. Qué peligroso —escribía Voltaire— es tener razón en aquellas cosas en que los hombres poderosos están equivocados. Fuí un detractor que no pestañé en quemar el lenguaje estrictamente necesario para herir. Nuestra naturaleza hace que sólo soportemos al que se forma una idea real de nuestro mundo psíquico. Cárcano interceptaba mi osadía.

Osadía inevitable, excelente, necesaria. Ramón J. Cárcano, asienta las bases de la dinastía de los Cárcanos. Mucho me temo, que Miguel Angel —político también— no la continúe. El nombre de don Ramón perdurará, porque lleva el contrapeso de una actividad inmortal.

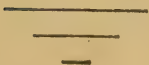
Las fechas se devoran todo aquéllo que no se haga sobre la virtud. En este material trabajó el autor de "Facundo". En la aroma sustanciosa de lo verdadero. El gozo inefable de verse recordado, finca en los hechos, y la actuación pública de un hombre, es la expansión de su corazón.

CIENT CABEZAS QUE SE USAN

El espectáculo indestructible de la reputación como estadista de Ramón J. Cárcano, empieza a ocupar la atención de la juventud presente.

Hay que volver a la técnica de Cárcano. Una República, sólo soporta el recuerdo del hijo que la eternizó con su capacidad.

Por donde quiera que busquemos un nombre que nos salve; cuando tengamos que echar mano al pronunciamiento de un argentino deveras, nos acordaremos de Ramón J. Cárcano.





OLIVERIO GIRONDO

Si el humorista se diera vuelta como una media, sería un caviar de lágrimas. Oliverio Girondo, no es humorista. Es triste. Un triste que alardea hacer lo posible para olvidarse de que vive. Busca descansar. Se alegra de ser triste y es triste de no poder estar alegre. Pero su casa, la que conocemos todos los torturados por algo, es una cabina voluptuosa, llena de hormigas donde la piedad y comprensión juega con su cubileta sobre el "parquet". ¡Buenos Aires está vacío! No vive nadie. En las puertas de las casa-habitaciones, se encuentra gente que nos venda una camisa, un par de medias, ropa interior, botones. Cobijas y sábanas a plazos. Pero no se encuentran personas que no nos vendan nada. ¡Nos quieren sacar algo! ¿Qué podremos venderle a éste?, se pregunta cada uno de los que nos presentan. Y cuando no puede adjudicarle alguna cosa, o un número de una rifa —aunque sea— nos sacan sangre.

En casa de Oliverio no se vende nada. ¡El espera! Su barba se sienta a la puerta, como en el proverbio musulmán. Más adentro, su espíritu. Su grande espíritu de exquisito artista, que no tiene mercaderías para vendernos. El no comercia.

Omar, ¿tú no bebes? — interroga; y con esos afables ojos de lezna, me escarbaba. "Desventurado de ti. Que no te olvidas". Yo necesito permutarme; me dice. Y como si el autor de "Espanta Pájaros", se lavara de esta gente, hasta el día del Juicio Final, se bebió el whisky, como se tragó la espada aquel prestidigitador del circo Sarrasani. Los dioses tienen derecho a borrarse las figuras que le molestan a la pupila.



ANTONIO ZAMORA

El hombre de campo sólo dice que ha llovido, cuando llueve a cántaros. Estaba en Madrid, y le pregunto a un peluquero: ¿Ha llovido? No, señor, eso no es agua, es sudor. Como para nosotros los barberos, sólo es barba la barba de más de nueve meses. Los amigos de un escritor, siempre lo son a medias. Porque, ya tienen consagración y no precisan a los que vienen. O porque no poseen ninguna, y el que viene no puede protegerlo. Difícil cosa es la de vivir en la misma parroquia donde no haya un verdugo. Sin embargo, Antonio Zamora es este extraño editor, que permanece —como una fruta verde— sin madurar su cálculo.

Cuando yo era niño —que no hace mucho tiempo que digamos—, mi única aspiración era tener una imprenta. ¡Soy un tipógrafo fracasado! Ese olor habría sido mi “origán”. Pero nací con un origen infeliz. Mis padres no fueron lo suficientemente canallas como para dejarme una reputación espectable. De manera que tuve que buscarme la mejora de mi “dinastía”. Y ¿qué iba a hacer? Tenía que probar ante mí mismo, que tan desgraciado no era. Que tendría un título universitario. Esta experiencia la realicé tres veces. Tengo tres cartones, con la firma y con el sello de esos hombres de luto con cuello palomita —aunque parezca mentira.

La ciencia se resiste a incorporar al que no se embetuna de su argot. Y, aquí estoy, como don Helvecio —en la mitad del trapecio.

Hasta tanto uno da, —sin enfado—, con el hombre respetuoso de sí, que le crea y apoye, para la tarea de cortar las uñas de la ignorancia, puedo declarar, que no es simple el peregrinazgo por las casas editoras. Es que Zamora, no es un editor. Es también un operario que castiga y corrige. Que busca el rostro de los hombres del pueblo, para enseñarle las carátulas de los libros —pájaros sueltos— que se anidan en la aflicción. ¡Qué grande es el que busca extender el pensamiento! Solamente el que camina con una idea, sabe a donde va. Es nada menos que Anatole France, el que declara que él también quiso ser propietario de una imprenta. El incrédulo de la "Isla de los Pingüinos", se habría deleitado como yo, si pudiera manejar una linotipo y mandar para diez, para veinte, para cien mil hombres, mis palabras, con la misma alegría que un fabricante de armas, manda cien mil bayonetas. ¡Qué pronto crece el pasto sobre las tumbas abandonadas! ¡Qué pronto olvidamos la ternura del que cargó —solo— la torpeza de los hombres! En el impalpable edificio de la cultura, todo se borra. Por eso hay que escribir, repetir, difundir y armar a cada hogar de una imprenta. Para que los de al lado, los de más allá, sepan lo que le pasa a este hogar, cómo sufren y cómo los olvidan. Como unos perros. Peor que los perros; con más asco que a los perros.

Yo que no tengo envidia por nada, porque ya no vivo donde está mi viscera —me he mudado— tuve que decirle a Zamora: "Qué envidia le tengo a usted, usted tiene una poderosa Editorial". Y esto, que parecía que era jugando — como todo lo que digo— era profundamente cierto.

JOSE P. BARREIRO

Lo despreciable que tiene la perfección, es que ella se agita y desenvuelve dentro de la dictadura de un límite. El destino de los perfectos, es amargo. Amarguísimo, porque es símbolo. A los símbolos, no les perdonamos evolucionar. Deben estar a precio fijo. Si San Martín, Garibaldi, —así, sin orden geográfico, para que tengan más extrañeza estas acuarelas— revisaran, en una sociedad, sus actos históricos, nos plantearían las más terribles de las confusiones. ¿Cómo despertamos del cementerio a los muertos que conocieron la historia conforme se les ha enseñado en los colegios? Habríamos mentido por espacio de varias generaciones. Y según la historia, sus “emanaciones”, son inapelables. Comparad la masilla. Sólo la maleable es útil. Así nosotros. Dejo que mi “perfección” sea una probabilidad. La sociedad no tiene derecho a quien quiere vivir su vida, a hurtársela sin entregarle ninguna. Todo lo imperfecto de mi técnica, esconde una finalidad. ¡La más inocente! Poder tener mi residencia — como punto de apoyo — en los que, timoratos, no deciden elevarse hasta el nivel de su propia bio-psiquis. Desobediente de los errores comunes, sólo creo en los míos. Porque sólo nuestro error es cierto. Una necesidad sórdida trabaja al hombre en la vida de relaciones. Quisiera realizar los móviles de su alma y su cerebro. Pero lo engrilla el batallón de fantasmas que se ha fabricado. Como remedio social,

no queda más que el individualismo. Que cada uno sea tan grande como sus ambiciones. Cuando mi talentoso amigo José P. Barreiro leyó el prólogo que él había generosamente elaborado para mi libro "Lo que opina la vaca de Buenos Aires", y que éste no era el que salió de sus manos, su discreción se trocó en violencia. No aceptaba para la pureza de su verdad y la de sus juicios críticos, que yo pudiera desfigurar o entorpecer la idea que él tenía de mí. En el juego de las incesantes malicias, un defecto sólo se acepta cuando nosotros sabemos qué mecanismo lo mueve. Pero si ese defecto, trastorna el sentido que hemos querido imprimirle, condenamos severamente las leyes circunstanciales o definitivas que lo promuevan. Un escritor, que transfigura la realidad, despierta sospecha. Es —lisamente— un canalla. Así, sin eufemismos. ¡Un canalla!

Hasta ese acto, Barreiro era para mí, uno de los tantos amigos, que no provocaban ni agitaban las corrientes de la simpatía. Acaso él, también —abreviando el trabajo de litigar con una inquietud— dejaba morir mi reputación de operario intelectual, sin acercarle siquiera una definición. Esa osadía, sufrió un proceso. —Dió lugar a que ambos despertáramos la réplica fecunda. Yo defendía mi punto de vista. Y él defendía el suyo: "Ese prólogo no es mío", me agregó. Es cierto, objeté. Pero nadie tiene derecho a regalarme un traje que no quede bien a mi cuerpo. Los prólogos de los libros, no los puede realizar nadie más que el propio interesado, con el asentimiento del escritor que lo faculta con su firma. ¿Quién mejor que el que se acuesta consigo mismo, está en condiciones de fijar la estética de su espíritu? Y si por ventura, el que acarrea el drama de una existencia, no conoce en grado cierto, los inclemencias y las bonanzas de su in-

terior, nadie, entiéndase, ¡nadie! puede dar la moldura de un alma.

Para llegar a desentrañar la idea que este gran periodista tenía de mí, yo debí disminuir mi facultad y mi ascendiente. Tuve que fraguar el prólogo. Si esta conducta trascendía, era porque se sospechaba una solvencia, que nadie me confesaba tener a mi tarea. He de llamarle tarea. Trabajo pesadísimo, batar el parche en torno a mi nombre. Los que de tarde en tarde espectoran un libro o un artículo, no alcanzan nunca a darse cuenta del monstruoso edificio que hay que levantar para llamar la atención. El gacetillero o el escritor pacato, cree que en no provocar acaloradas discusiones, llena la necesidad humana, qué equivocadamente presupone. Las ideas hay que moverlas, vestir las, higienizar las, disfrazar las, ponerles música, para que caminen y arañen la atención. Esas ideas rasposas, no seducen. Las que están movidas e instrumentadas por un accesorio, no son ideas indígenas. Nadie pregunta de dónde salen ni adónde se dirigen las ideas inmóviles. Cuando abracé la tarea de escribir para el hombre, tuve un pensamiento fijo. Mis puntos de vista perdurarían en tanto aumente la realidad. El que escribe no es ni mediano, ni ilustre, ni inferior. ¡Escribe! No para solucionar los teoremas de la existencia, sino para dignificarlos. No hay acontecimiento inactual para la pluma. Platique o no, el motivo con los hechos contemporáneos, todo lo que al hombre pertenece, es un suceso —que, próximo o lejano— arrastra la entraña de la sociedad. Yo estaba salvado. Ya había uno, siquiera que me resistía en el elemento de mis escándalos. Entonces —me dije—, es exacta esta degradación. Yo la he buscado y la encuentro. Aquí —me dije— hay una cabeza inteligente, que quiere poner chaleco a mi técnica “iló-

gica". Entonces mis panfletos sublevan. ¡Buen síntoma! Los que me niegan me fusilan porque no estoy con ellos.

Ese proceso que viví; —lo comunico ahora que ya no se discute mi imaginación y el mayorazgo que detento de escandaloso. Si este fanatismo moderno de despertar a los que duermen, por medio de lo ilógico, lo sostiene el respeto que inspira todo el que sufre con una actitud, bienvenido sea el precipitado diagnóstico. Mi conducta es la irascibilidad de mi espíritu, por el abrumador número de esclavos que corean el himno a sus propias cadenas. José P. Barreiro, hijo de otra escuela espiritual, rechaza este método para alarmar con precocidad. El no se equivocaba al medir el peligro de mi técnica. Si el atrevimiento mental, tomara carta de ciudadanía, pronto estaríamos en las propias barbas de la locura. Pero ocurre que ese nuevo hombre que en mí nace, es la descompensación del tímido intelectual de fines del siglo diez y nueve. El descrédito que rodea al trabajador de la cultura del pueblo, radica en la carencia de vigor para las ideas con las cuales constantemente lucha.

Es facultativo matarse. Pero también es facultativo abocarse a la vida. El prólogo que yo desnaturalice, y todos los prólogos que tratan de dar la ficha antropométrica, serán siempre medidas inútiles de la vastedad y alcance social de un escritor. Yo me burlé de lo que este cariñoso amigo explicaba a mi respeto, porque soy un obrero que divido mi verdad, de la que es testigo mi propia conciencia y la otra de la cual no es testigo nadie. Vicio antinatural y anticientífico; prologar. Vecino al pecado y a la medianía. Técnica instruída en la deficiencia. Malamente mejorada, porque el preámbulo es más afectivo que justiciero. Barreiro explicaba

CIENT CABEZAS QUE SE USAN

que yo era un poeta, no carente de talento. Era poco para quien asegura a la postre de su labor —que representa más de veinte años—, que tiene la grandeza de su pequeñez. Y mucho para esa pequeñez superada por el asco y el repudio que tengo a la piedad. Sólo los que tienen la misericordia de negarnos y combatirnos noblemente nos devuelven la razón. José Barreiro hizo esa caridad.

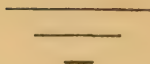
Al no subordinarme al rico talento de Barreiro, yo ponía en juego una finalidad que será plausible cuando todos los que escribimos rechazamos al prologuista. No debemos empeñarnos en vivir el forzoso criterio del que antes que nosotros hizo brecha con sus ideas. Sólo se trata de tiempo. De haberse adelantado en el parto. Pero, como el que viene atrás, debe ganarse el pan, con la bíblica transpiración de su frente, que éste haga —sin prologadores— el trono a cuya sombra ha de dormirse —pero no definitivamente—. Porque, por dormirse en un prólogo, cayeron verticalmente las mejores promesas intelectuales de nuestro país. Yo no sé si los climas aconsejan a las frutas el sabor meteorológico. Pero para mí, que pernocto hasta dentro de las plantas, yo creo que el durazno japonés no tiene gusto a Japón, sino a durazno.

Gracián, el desahuciado de los críticos de su época, no tuvo más alivio que el que pudo sacar del fondo de sus errores. Como monarca de la ridiculez, sustituí el orden de la clasificación que me apasionaba, por medio de la brillante pluma de José P. Barreiro, pero de ese masoquismo —que hoy me lavo— conquisté el perdón y la amistad del exagerrado camarada, que comprendió que hacía un grande esfuerzo para esconder al poeta razonable y orgulloso, que en mi interior se dedica a la antropofagia de nubes.

OMAR VIÑOLE

Al dorso fraternal de estas carillas está bailando el lógico cariño para este gran temperamento, que no expropió un solo metro de mi dolor y de mi disfraz.

Cuando un hombre comprende a otro hombre, hace la misericordia de devolverle la razón. Al fin y al cabo, la locura sólo es la imposibilidad de encontrar un hombre —uno solo— que nos escuche como cuando éramos niños y sentados en el mármol de la puerta de nuestra casa, oía las inocentes narraciones de la fantasía impúber.



JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

Cuando Juan José de Soiza Reilly se ingertó en la literatura argentina, es preciso convenir, obligó que le siguiéramos de cerca. El autor de "Cien Cabezas de Hombres Célebres" escribía como puede escribir cualquiera de los peatones. Oíamos hablar a un hombre que estaba solo, que tenía desatado el terrible león de la verdad, que era corrido por la ingratitud y que se presentaba con su herramienta de trabajo.

"No leas este libro" no era una postura. Era —ni más ni menos— el canevá tejido por el que aguarda mejores días para sus hermanos los hombres. Su primera producción no tenía odio. Tenía amor. Sólo se dice lo que ahoga. Cuando a Soiza se le notó que tenía odio a la sociedad argentina, fué cuando empezó a elogiarla. Cuando sus crónicas en "Caras y Caretas" estaban cargadas de una repugnante adulonería. Notas con piernas débiles. Artículos que se caían. Mal alimentados. Como que eran el adverso de su amor —su desprecio adulto—, explicado dulcemente, con el fin de borrar aquellos humanísimos trazos, que tanto sueño le quitaron, así se derrumbó uno de los escritores folletinescos que mejor destino tenía en América del Sud! ¡Oh!, la conciencia. Es ésta la que le tiene acurrucado. Le ha compulsado los libros y le dice, ¿te acuerdas?, cómo eras rebelde. Ahora cantas himnos al capital. Tienes a flor de labios la palabra historia. Y la historia —le dice— tiene mie-

do de pensar en mañana. Los escritores son grandes cuando son dilettantes. Están amenazados del profesionalismo. El claustro los encierra. Y de nuevo volvemos a estar convencidos que el que no ha sabido hacer elevar la masa, hasta el nivel de su desesperación, ha tenido que descender hasta hacer miga con lo despreciable.

¡Que apaguen esa radio!, decía Victoria Ocampo. No quiero oír a ese rematador del museo histórico. Ciertamente, en sus charlas semanales, que le financia la Standard Oil, Soiza pone precio a todo lo que pertenezca al pasado argentino. "Pobre señora, la matrona X. Hija del general X. Prima política del contralmirante X. Ha dado cincuenta pesos para unas muletas, pero ella no quiere que se sepa. Madres que me escucháis, venerad a la matrona X, porque está enlazada al idioma castellano, casi al final, al fondo del alfabeto, en la X".

Y se desgañita, a tanto el metro. Este escritor que reclamaba para sí un poco de misericordia, no la tiene ni con la temperatura. Aguila embalsamada. Se le ve la estopa del estómago. Los elogios que gotea en las revistas y que llevan su firma, se parecen al elogio de los gatos con pelos largos. Ensucian. Dejan pelos en la ropa. ¡Injusto yo? ¡No!, verdadero. Como lo aconsejaba Soiza. Cuando hablaba de los alcaloides que se consumen en Mar del Plata. Si este buzo de la polilla y del pasado cuáquero porteño, hiciera todo esto para desacreditar la cultura, yo le seguiría admirando. Pero él lo hace porque se cree depositario de las reputaciones de tres o cuatro familias, en tanto que olvidó la familia del género humano. Hace más sublime la angustia de un hogar, y niega la que tiene el tugurio humilde, que es mucho más amplia, porque la miseria del suburbio es más miseria.

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

La lógica es una facultad que corresponde a los que nada esperan. Soiza esperaba. Se sentía heredero. Si él muere antes que yo, he de hacerle el comentario necrológico. Las vidas cesan cuando se paran. El autor de "No leas este libro" se paró. ¿Le faltaron fuerzas? Se sentó en la puerta de un "Club Social" de provincia. Donde se habla de historia y de la infidelidad de la señora del boticario.





JUAN CARLOS PETRONE

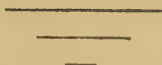
El jabalí de nuestro orgullo, es una de las enfermedades infecciosas que nos proporciona más rápida difusión. La sal en los jamones es para que no se pudran. El orgullo en un espíritu es para salvar el alma. Y todos tenemos sal. Es decir, orgullo. Orgullo de nuestros defectos. Orgullo de nuestra posición. Orgullo de nuestro nacimiento. Orgullo de nuestro talento. Todos esos personajes que la prensa diariamente nombra; que salen en sus páginas; que todos conocemos por sus artículos, sus fotografías, sus opiniones —que tanto los hincha—, bueno; han tenido que olvidarse de su orgullo para darse al orgullo de ocupar la atención. No es obligatorio que los diarios nos recuerden. Pero qué nefasto es que no sepan nada de nosotros. ¿Cómo puede el mundo marchar sin una noticia de que existimos? ¿Entonces no valemos nada?

Cuanto más visible es nuestra derrota, más nos preocupa la compañía de la humanidad. ¿Y dónde hay que sacrificar el orgullo, para lograrlo? En las redacciones de los diarios. El copete se viene al suelo. Allí dentro se menosprecia, porque el que más derecho tiene a alarmar —que es el que hace la crónica—, es el anónimo. Es decir, es el más grande de todos. El que no anhela sobrepasar la medida de su infelicidad con la propaganda de su nombre. “Ché, Omar —me decía Petrone—, necesitamos una fotografía con una cara extraña y alarmante”. “El público tiene esperanzas de poder tener lástima

de los que aparecen en las columnas; hay que complacerlo". Y yo, sinónimo de un actor, salía con el fotógrafo a buscar la nota culminante, la foto en la que pareciera que no manejaba la intención. Los ministros se retratan con un escritorio por delante—casi siempre de Ministros—; el escritor, con una pluma en la mano; el escultor, con su yeso y sus pelos desgredados; el poeta, con su larga cara de gato del tejado; el general, con sus espadas, cañones, pistolas, correas y hebillas. Yo también tenía que dar la idea concluida de lo que el público quería que fuera.

Con esa gran bondad y comprensión de Petrone, yo era el afortunado ejemplar que necesitaba en veinticuatro horas consumir el caso más extraño que se haya dado en las letras. Confundir, para despertar interés. Negarme, para iniciar mi campaña en las orejas de la masa. Ser necio y estúpido, para que mediante esta apariencia fuera provechosa la mortificación que se tiene, cuando uno se consuela en reconocer sus faltas. Este aire normal me anquilaba un poco. Extremaba la nota, la postura, pero no perdía del todo las apariencias de equilibrado. Mis argumentos deslustraban el brillo de mi idiotez. Si no hubiera existido ese apoyo interior, que me ofrecía este inteligente amigo, confieso que yo hubiera disparado de la redacción de "Crítica", porque mi orgullo se habría ido al fondo de la razón. En esa oficina en la que no aceptan reclamos. No me alarmaría que todavía haya entre los periodistas algún ambicioso secreto que aguarda verme enjaulado en Vieytes. Y no se crea que es mi capricho el que le reconoce grande a Petrone. Los delirantes siempre esperan de los seres con razón. Si las fotografías alojadas en nuestra psiquis no las pudiéramos mostrar a nadie, estamos perdi-

dos. Yo se las he mostrado a este fraternal amigo, en eso de comprender que las infamias aplaudidas no habían hecho posible nuestro engaño. Su afinidad no era fortuita. Ni mi sonambulismo era una teoría en su cerebro y su espíritu. Las disparatadas peripecias se enmendaban en mi angustia, al saber que Petrone las acogía con el estado de su alma. Petrone me aseguraba que yo no soñaba despierto y que el parentesco de mi técnica vislumbraba esa libertad con la que no han contado nunca los que se sienten con el orgullo de figurar diariamente en las crónicas de los diarios.





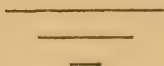
EMILIO SANCHEZ

Stalin, empleando una clasificación que impresionara a las masas, presentó a un dirigente ucraniano con estas palabras: "Este es un hombre que golpea". Emilio Sánchez es precisamente un hombre que golpea. Yo tengo cariño inocultable por Córdoba. En esta ciudad viví y me desesperé. Eso sí, estaba en minoría. Tanto, que hasta alguna vez dije que era cordobés. Ciertamente lo hice para desacreditarla, porque en esa ciudad soy, como bien dijo Tristán Marof, una especie de diablo cojuelo. Mi nombre es tabú. Jerónimo González, médico legista, escritor y colítico con una fístula, una mañana, casi temblando, me espectoró un juicio que, según él —que decía quererme mucho—, era el de la población cordobesa. "Se dice que usted es un vividor y un canalla que tiene un talento malsano". Pero si mi ingenio fué una manera huraña de emplearlo para la rebeldía, no es menos cierto que lo gasté para hacer justicia a los que la merecían. La audacia de Rousseau infundió valor a la Revolución Francesa. Yo he alternado mi audacia con el estímulo. He repartido mi faena. He procedido como Chateaubriand. Canalla de la boca para afuera. Pero santo de la boca para adentro. Emilio Sánchez es un amigo que traté y le conservé afecto mientras viví en la ciudad de los alfajores. Porque el más humilde de los políticos es el más grande. Hace la caridad escondiendo la mano que la otorga. Como lo impone la Biblia. De tarde en tarde nos encontrábamos en la calle y yo le decía: "Don Emi-

OMAR VIÑOLE

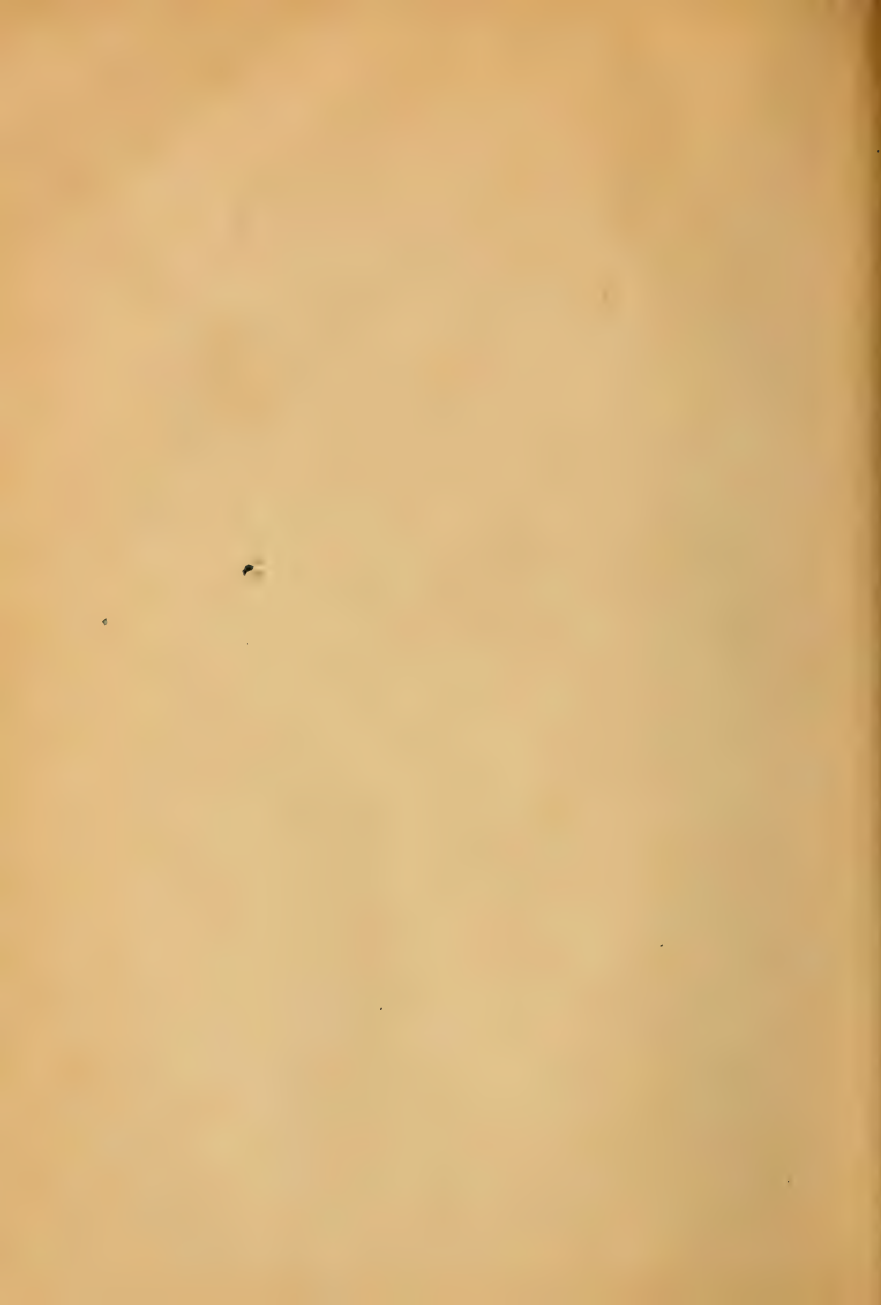
lio, esta ciudad es erudita en la mentira. Son mentiras sus valores intelectuales, mentira su vocación cristiana, mentira su honradez, mentira su justicia. Y él, con esa bondad ingénita, inadaptado de la tontería lugareña, se reía de la saludable realidad.

El doctor Sánchez, Bifignadi —donde yo imprimía aquella hoja llena de ortigas, que se llamaba “Tanke”—, el doctor Rosetti, y de la Mónica —que me regaló un terreno para que no me fuera nunca de Córdoba—, han hecho amable este recuerdo de la ciudad en la que exploté una conducta análoga a la de Marcial. Aquel habitante, que entre broma y broma decía en la época de la decadencia de Roma lo que solamente puede decir el torrente, o el que siembra para otros. En Córdoba hay un hombre que tiene condiciones para hacerse nombrar. Sí, es el doctor Emilio, como le llamaba aquel otomano camarada.



EMILITA BERTOLE

¡Hola, Omar! ¿Cómo le va? ¿Usted vive en Buenos Aires? ¡Cuánto me alegro! Así, cariñosamente, como un carabinero que dispara una serpentina. No por nada la quieren tanto a Emilita todos sus amigos, y la recuerdan con pureza. Porque sería blasfemar si no se pensara dignamente de esta artista, que ha perseguido en sus versos, la madeja de sus cuadros y en sus cuadros, sobrevive el niamramé de sus versos. Parece que el embalaje en que camina el alma de Emilita fuera mitad gas y mitad los elementos de la atmósfera. Habla y se trepa por arriba de las casas, de los pisos, de la terraza, se va hasta las nubes. Todavía soy propietario de un poco de vergüenza que me da decir que espero la prosperidad de los que no son imbéciles. Pero esa vergüenza desaparece cuando converso con Emilita. Ella es todo una temperatura. Clima excesivo para imaginar la soledad del que se dedica a las cuatro operaciones de un ensueño. Tierna hasta en última instancia. Donde ya no hay apelación. Entre todos esos animales que pintan, escriben y chorrean arte, Emilita Bertolé debe parecerse a una broma semiterrenal. Yo asisto muy poco a los cenáculos de Buenos Aires. ¡No me aceptan! Estoy divorciado de la teta artística. Parecería un inspector de siniestros. Cuando quiero darme el ambigú de ver y tratar un alma artista, la busco a Emilita Bertolé.



JUAN FILLOY

El drama de mi otra personalidad, es bastante menos que el que tiene el escritor Juan Filloy. Yo no soy Juez de Primera Instancia en una aldea como Río Cuarto. Ni mis baldosas cerámicas esperan del vellón del presupuesto. Emboque o no, mi literatura en los "hombres públicos", no pasa de ser un desordenado movimiento, derramado sobre la desventura de una sociedad que se muere en su engaño.

Pero tener el talento que tiene Juan Filloy, poseer la erudición histórica y científica y domiciliarse en el anfiteatro de la mediocridad de la justicia, es superior a toda creación dantesca.

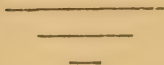
¡Qué suplicio ha de vivir el autor de "Op Oloop" en ese chato cementerio de errores! "La demencia agiliza", dice este torturado. "El psiquiatra, trazando coordenadas desde la salud, logra a menudo fijar en tratados los problemas del temperamento y la herencia. Pero no siempre. Los hemisferios cerebrales, laberintos intrincados cuando rellenan normalmente la cavidad craneana, lo son aún más cuando rellenan las dos carnazas de las nalgas".

Todo el rostro de sus coterráneos, fotografiado en este párrafo. ¿De qué material están hechos los seres apáticos que se domicilian cerca del hombre genial? Es entonces cuando, moviendo a risa, provocan asco.

Un abogado, aspirante al cargo, se vino a la ciudad de Córdoba, con un tomo, a explicarle al Gobernador que Juan Filloy estaba loco. "Mire, le

OMAR VIÑOLE

decía mostrando "Op Oloop", este libro. No es de un hombre normal". Efectivamente, Juan Filloy no es normal. No puede serlo. Es genial. El genio y la locura están al margen de la sociedad y al margen de los abogados. El único intelectual superior de la generación contemporánea, con una imaginación sin riberas, vive en Río Cuarto. Se gana la vida humilladamente. Tiene que funcionar de Juez de Primera Instancia. El, que no ha encontrado todavía entre el muladar y los escombros de tartamudos un solo ciudadano justo, debe ser esclavo de la grasa de los artículos de las leyes hechas por entes con vientre. A la Argentina le han hecho más mal los hombres honrados que los delincuentes. Y eso lo sabe perfectamente Filloy. Por eso sus libros destilan su insolencia. Son subversivos de todo credo y de toda escuela. Sólo demuestran que hay talento. Pero de ese talento que no se parece al de ninguno, sino al de Juan Filloy.



NATALIO BOTANA

En nuestro país la reputación de un hombre la forma la mecánica de imágenes de nuestra sociedad. Pero he aquí —y esto es lo bárbaro— que el patrón de imágenes con que dirime sus argumentos es pobre.

Somos una República formada de aventureros. Nuestras peripecias originarias van y vienen hasta los días de la colonia. Detrás de la pared donde se “educan” españoles y nativos se ven los carcelarios que le acompañaban a Colón. Anotemos que poco hemos cambiado. ¡Los asaltantes estamos más apaciguados! ¡Pero somos los mismos ladrones! ¡Los mismos aventureros! Extraño consuelo es el que nos administra la civilización. Masa sin coherencia, invadimos el destino de las vidas, sin proceder a interrogar. Todos los hombres que sobresalen en nuestro país son malos. ¡Es que el asaltante vigila! ¡El asaltante que trajo a bordo de la Niña, aquel corsario que todavía no ha encontrado lugar de nacimiento! Natalio Botana ha comprendido todo eso, por eso posee la preeminencia espiritual sobre el batallón de aventureros políticos, de aventureros económicos, aventureros artísticos. Ha mostrado en las dos manos los fenómenos que cooperan a no dejarnos levantar. Ha estudiado la ética de nuestros ideales desarticulados de lo grande y lo sublime. En cualquier otra parte que no fuera la Argentina, Botana habría dirigido a su pueblo.

Porque Botana es argentino, por el cúmulo de pasiones que ha movido en este territorio. De un talento extraordinario, de una información que no pertenece a la época, de una honradez tan férrea en sus conocimientos, que a simple vista pareciera que el precio de su riqueza intelectual no cabe en un lugar que sólo vive de las oscilaciones del precio de la carne y el maíz.

Magnate interior, le importa poco —poquísimo— que le juzguen como es. Insurrecto, que buscó su salud para dentro. Con ese categórico aspecto de prelado gustador de los víveres de la tierra, no desconoce uno solo de los problemas que nos aqueja. Desde el paisaje menor de nuestras costumbres, hasta la altura variable del destino político, BOTANA ha hecho el frío peritaje de nuestras vanidades. Vanidades jurídicas, vanidades científicas, vanidades artísticas. No contamos con nada. Y este albañal de la pluma lo ha dicho en todos los tonos, desde "CRÍTICA". En aquella singular dedicatoria de uno de mis libros, yo le decía: "desde niño soñaba tener un amigo que poseyera todos sus defectos y todas sus grandes virtudes". Aproveché de esa oportunidad, para hacerle notar que mi admiración y mi cariño no era flamante. Botana es el hombre que todos tenemos adentro. Que es mitad casto y mitad verdugo. Pero canalizado por una gran ternura. Tan experto está su ojo en ver lacayos, que Botana ha adquirido un exterior de prudente joyero. Toma su lente, examina, y ni una fisura. Aprueba o rechaza. Pero adentro. Aristócrata mental, por sobre todo. Digno de su opinión. Oyéndole conversar una noche, en su biblioteca de "Don Torcuato", yo comprendía cómo este gran novelista francés —virgen en este renglón— se limpió de quimeras, para reanimar al pue-

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

blo argentino y desasosegarlo. Históricamente considerada, "CRITICA" ha sido la matriz del periodismo. Todos esos que censuran la dirección de este poderoso diario ¡los que le atacan en la sombra, han bebido al lado de Natalio Botana la emoción de una enseñanza. "CRITICA" ha sido el "tábano socrático". Toda una generación de escritores y periodistas brillantes cursaron el secreto del viaje hacia arriba. Todos; hasta los ingratos que la murmuran. Nada más exacto que aquellas palabras de Maquiavelo, cuando aconsejaba a despojarse de los que nos han hecho bien. Porque los que nos auxiliaron en nuestros comienzos, en ese viaje hacia arriba a que me refiero, son testigos de nuestras primeras vocales. El afecto que yo conservaré —mientras traslade mis huesos de un lugar a otro— para este religioso acogedor de todas las desesperaciones, se debe a que Botana sabía que yo era un racionador, que administraba mi pasto a la bestia. Que no era un alienado, y que el hipopótamo de Buenos Aires sólo se despierta cuando lo patean en la cabeza. Botana lo sabe bien. ¡Ya lo creo que lo sabe! El es también un federado de la incredulidad. A él también lo devora ese pájaro carnicero que come la reputación haciendo sonetos. Me refiero a los "intelectuales" que careciendo de valor para quererlo a Botana —como él merece—, están obligados a acatarlo como él se ha fabricado.

Todos los oficios van a parar a la consideración popular. Pero este, el de haber entregado con excesivo amor —desde la víspera hasta el día después— el fondo total de sus anhelos, en la pluma, no merece —es necesario decirlo— la más leve atención. Un hombre que se ha pasado treinta años disfrazado, llámese militar, obispo, marino, guarda de tren, sargento de policía, es al final asalariado por

ese mismo Estado que le explotó el envase, usándolo de maniquí. Pero un periodista o un escritor, con la misma cantidad de años sumergido en la brea de la tinta, saldrá manchado, porque su reputación culmina en que todo lo dijo, porque su deber era no callar.

Nada expresa mejor la estatura de un pueblo que el despotismo con que sean tratados los operarios de la pluma. Al convenir en el contrato social —ya que una existencia sólo es la adhesión jurídica para el engendro de las leyes—, acatamos toda la organización. Paradoja brutal; aceptamos todo, menos al que nos defiende.

Por eso Botana se ha refugiado en sus maravillosos faisanes. En sus plantas y en sus bellos perros de la mansión de "Don Torcuato".

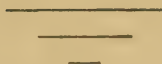
No recuerdo bien si fué en uno de los folletos de los chocolatinos Nestle que leí —no hace mucho— que el rey Midas al entrar a una de las prisiones de su imperio, viendo una hermosa maceta tallada en madera, dijo: "Al que ha hecho esa obra de arte, que lo pongan en libertad". Fórmula cristianísima, esta, que yo acomodo con bastante frecuencia. No sólo porque me viene a mano a mi infancia, sino porque ella influye para que yo crea en los místicos de la botánica, de los perros y de los pájaros. Las convicciones de la razón nunca han puesto en peligro las convicciones de mi corazón. La vida de Natalio Botana es un poema —aunque parezca mentira—. El, como autor material, supera las formas, porque se preocupó de todo, menos de convertirse en hermano siamés de Víctor Hugo. Ya he dicho que Natalio Botana tiene un cerebro de gran novelista francés, que habría triunfado de la misma manera que han triunfado sus empresas.

CIENT CABEZAS QUE SE USAN

Pero cuando se tiene el talento que tiene Botana, se prefiere siempre a que el filtro de la turba, se quede con la grasa de un espíritu.

Si este pueblo de aventureros tuviera el valor de aplaudir, toda esta generación habría mimado a Natalio Botana.

Yo me explico por qué se ha refugiado en los perros, en las plantas y el seductor plantel de faisanes.





MIGUEL ANGEL CARCANO

Horacio decía: “son los hombres en su paso por la tierra, como una gran caravana sorprendida en la noche, en un bosque inmenso y desconocido. Caminan los viajeros confiados en un guía que los extravía luego, o por malicia o por ignorancia. Tratan todos de dar con el buen camino y cada cual sigue distinta ruta. Cuando más confiados están en haber elegido bien, más yerran y más se alejan de la verdadera senda. Y aunque las equivocaciones de los viajeros sean diferentes, tienen todas las mismas causas. La mala fe o la ignorancia del guía y la obscuridad de la noche, que no deja orientarse”. Si Horacio hubiera sido de esta época de los bares automáticos, lo habría escrito por Miguel Ángel Cárcano.

¿Quién mejor que este amigo —me dije yo, antes de venir a Buenos Aires, a radicarme—, para que me sea útil y me asesore? Miguel Ángel tendrá gusto de vehiculizar mi montaña. El, que es tan “puntilloso”, tan galante, tan sin ninguna preocupación. Una tarde lo encontré en la calle Florida, y me saludó como los políticos saludan a esos “correligionarios” de campaña. Buscando la oportunidad de dejarlo en la primer esquina, como si fuera un inestético paquete de embutidos. Otra vez lo vi en el bloque de la Cámara de Diputados de la Nación, y ensayó presentarme, como él lo hace, casi sin darse cuenta de quién se trata. Yo, que soy capaz de hundir una mandíbula al que me hiere,

quise ser más satánico. Llegué a mi casa, y le escribí la carta que transcribo a continuación. Esta epístola la habría encarpelado, como tanta copia de mi correspondencia, que oportunamente verá la luz. Pero Miguel Angel es un serio candidato a ministro de Agricultura, y los hombres argentinos deben conocer la frialdad y descomedimiento que usó con uno de los escritores inmutables a su libertad.

Miguel Angel Cárcano. — Hoy.

Yo tenía y tengo por usted una discreta simpatía. Ella se debe a que valoro su tragedia. Usted, hijo de un hombre en quien empieza la dinastía de los Cárcanos, y probablemente termine en él, es, además de su envase, un iluso. Los soñadores como usted denotan una credulidad en la justicia. Pero he aquí que, para ser justo, hay que vencer y doblegar la tendencia humana, a la arbitrariedad. Y esto se logra, no con la romántica apostura de "dandy", sino batallando contra la escoria, hasta lograr el tipo ideal imaginado, precisamente por los poetas de verdad. Los que hemos podido pensar de verdad en la justicia, hemos sido calificados de locos. Y usted disfruta de una atmósfera de cuerdo.

Cuando hace pocos días usted ensayó presentarme al doctor Fresco, en el bloc demócrata de la Cámara de Diputados de la Nación, no le quise hacer notar que era tarde para usted, en razón de que ya disfrutaba de la amistad de este noble amigo. Pero cuando usted ensayó definirme, como excéntrico y el "hombre de la vaca", tuve para usted, catedrático, legislador, argentino, literato, periodista, hijo de Don Ramón y esposado con una Marquesa, una profunda piedad. Si usted, con todas estas cosas, que tanto lugar ocupan el definirlas, no había ubi-

cado la desesperación intelectual y filosófica que me atenacea y con el respeto que me debe, me arroja como un fardo de pasto, para que me mastiquen, o, empleando un "americanismo", como quien tira mierda al río, yo le pregunto, ¿qué ilusión puede formarse un hombre joven como yo de los ciudadanos destacados de su generación, que no cargan a sus espaldas con el pavoroso cúmulo de tan altas dignidades? . . .

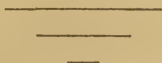
Cuando se recorre el mundo con una vaca de tambo, como yo he hecho yo, para ganar ante mí mismo la más grande batalla moral, ya que habiendo nacido solo tendré que morir solo también, puede imaginarse que no se está en la oscilación de los juicios externos. Pero aparte de mi posición de nihilista, con un alto contenido social, en lo que a mis ideas filosóficas se refiere, usted ha olvidado que es una catedral hecha a base de moneditas de cinco centavos. En esa categoría "episcopal" se encuentran el diputado Benjamín Palacios, Ostra Mendes, Alonso, Damián Fernández, Galerano Zaragosa, Heriberto Martínez, y Augusto Rothe, para no seguir enumerando. Ese "hombre de la vaca", que con tanta holgura y bonanza usted pronuncia, dió en la memorable campaña de su padre, su entusiasmo y su innegable capacidad. La entregó por espacio de doce años al Partido Demócrata, y bajo el calefón de su palabra cupo a usted recoger más de una estimuladora semblanza en las campañas políticas. ¿Cómo olvida usted la importancia que han tenido las arengas de "el hombre de la vaca", cuando ellas estaban comisionadas a quitarle a usted el tinte de hijo de Don Ramón como único patrimonio para los cargos electivos? ¿Cómo olvida usted —que dice conocerme— el carácter y el desarrollado sentido crítico que surge de todos

mis actos? ¿O creyó acaso que invocando el comentario público, con respecto a mi actitud intelectual, usted atenuaría el descomedimiento que importa enlazar la pintoresca circunstancia de sacudir un medio abúllico, con el transcurso de mi vida, a la que no le he suprimido el dolor, ni los afanes constantes de superarme por el mecanismo del estudio y la razón? ¿O es que —inocente como casi siempre— se entusiasmó con el “brevet” de legislador, para situar mi jerarquía de ciudadano, sin incisos ni aguinaldos, como la posible desventura de quien no disfruta de pitanzas en un país donde tantos desgraciados han llegado por la caridad de las masas? No es una gresca verbal la que pretendo hacerle con esta carta. Usted sabe que como hombre, como cerebro y como ciudadano no estoy disminuído. Los matices que a usted le nutren, dependen desde qué punto de vista se los examine. Yo soy una posibilidad. Usted es una evidencia. Yo estoy solo y mordido por los perros de murmuración cobarde. Usted está acompañado por los cómplices con sordera de plomo. Yo creo en mí y en la juventud de América. Usted ha perdido la fe en su propio espíritu porque no cree en los que trabajamos. Usted selecciona los vocablos. Yo escribo con sangre para hacer más perfecta la caligrafía de mi corazón. Cuando usted muera, le pondrán la bandera mediana como se la pusieron a Pedro Lustó. Cuando yo muera dirán: murió el hombre —¡he dicho el hombre!— que andaba con la vaca. Pero detengámonos un instante a examinar todo el asco y toda la amargura social de mi disconformismo con esta conducta tan ilógica en apariencia. Yo tengo noticias de los sesos de la vaca. No puedo decir lo mismo de la mayoría de los legisladores. Yo, Omar Viñole, podré no tener ninguna importancia política.

CIENT CABEZAS QUE SE USAN

Pero yo hombre, soy la única emisión —y no claudestina— del barro con que el Hacedor fabricó su semejanza.

Si en la geografía de esta epístola encuentra algo que no suena bien en la caja de su oído, discúlpeme. A mí tampoco me sonó bien su presentación. Estamos uno a uno. Pero en "Tanke" iniciaré un tipo de correspondencia a los hombres de mucha pega. Seré proxeneta de su prestigio. Al fin y al cabo, algunos lo son del talento y cualidades de otros. ¡Mi negociado es una cosa que se usa bastante! Pero con nuestro Diario demoledor, se inicia un movimiento lealmente espiritualista. Yo creo en esta generación. No invocaremos la ampulosa figura de los muertos. Es necesario que en nosotros amanezca la dignidad de mañana. El sol se entra a dormir por la espalda de la tierra. Yo me hundo por el dorso de la cordura. Si lo he nombrado y he puesto su nombre propio, ha sido porque usted es todo un mapa de navegación. Yo soy el grumete que me he lanzado hace tiempo a la mar. El océano es la colectividad para mí. Yo necesito usarla. Se trata de que ninguno de los dos puede pasar desapercibido, y a usted le conviene encontrarse con la pedagogía grosera, para ayudarse a comprender el momento que históricamente vive. No olvide que usted puede llegar a ser ministro de Agricultura de la Nación Argentina.





ALFREDO L. PALACIOS

¡Qué descoloridos y sombríos son los hombres tratados de cerca! Ellos sólo tienen la hechura que nuestro adulterio mental fragua. Son menos que nuestra imaginación. Pocas veces más grande que ella. Es porque nuestro vuelo intelectual supera las formas terrenales. Por sobre todo, los que imaginamos a Alfredo Palacios, sin L. Ese Palacios que nuestra cabeza juvenil le construyó mosquetero, y le hizo la negación de la burguesía. A menudo la finalidad de los políticos batalladores se crema en las pitanzas del presupuesto. ¿De qué otra manera que pitanzas se deben denominar las ventajas materiales que —desdibujadas— recibe un hombre público? ¿Pago a sacrificios personales? ¡Bueno! Digamos como lo exige la moderación y la simpatía que tuve y conservo de aquel líder siempre de luto, hecho para abocarse al fuego de las arengas. A ese fuego que yo tengo dentro de mí y que no se ha extenuado, aunque Palacios —el mío—, el de otra edad del almanaque, se lo haya fagocitado la cátedra, los motivos tribunalicios y esa anilina académica que cursa —impecablemente— este rígido cenobita del socialismo.

Soy el alcaloidómano invariable. Ya no vivo en mí. Yo no estoy en casa. El desvío que me separó de los vagones primitivos partió en dos mi alma y mi cuerpo. No complico las características externas de Palacios con su pensamiento íntimo, relegado al fondo de su baúl. Todos conocemos a un Alfredo

L. Palacios. Pero nadie conoce al que se esconde, jugando a la piedra libre, o espiondo al viandante.

En la mesa de su casa, en esa campechana y cordial camaradería, que prodiga, sin diferenciar —a sus amigos—, yo me preguntaba: ¿Quién es el que está detrás de ese hombre juergoso y acogedor, complicándose con la cortina de humo que apaga sus caracteres? ¿Estaba yo delante del hombre esperado por nuestro pueblo, o era el eco tamboril de una actitud sepultada también con el calendario? Tuve vivo interés por sentarme a su mesa. No me llevó la casualidad. No soy de los que el mecanismo accidental me reúne a un hombre. ¡Generalmente yo lo busco!

Este espectáculo lo aguardé como el que espera emborracharse del otro veterano. En la presentación flotaba insignificancia. Y no porque yo la inspirara. Cuando nos encaramos con la temperatura del mantel fué cuando me di cuenta que asistía al sepelio de mi expectativa. Yo le expliqué quién era. Porque le hablaba a la vaca. Hasta dónde sufría con esa estratagema pintoresca, que confundía mi amor a una causa social. Le hablé de mi comunismo cristiano. Del renunciamiento desgarrador a mi reputación. Y el efecto interior de esa flagelación de mi espíritu. Con esto, doctor Palacios, quiero evidenciar —le dije— que soy el hombre logrado, por uno de los mecanismos más trágicos que haya podido crear el hombre. ¡Incinerar su reputación! Aquí fue dónde parece que le interesó el traumatismo de la frase. ¡Incinerar!!! Acto seguido, una de las veintidós comunicaciones por teléfono cortaba el empeño que yo ponía en darle la estatura de mi soledad en esta gran ciudad de Buenos Aires, que vive anestesiada o analgesiada, en la curva más penosa del materialismo.

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

Cuando hube terminado, un ex ministro —que integraba la mesa—, me dijo a quemarropa: “Usted no es un deficiente mental”. Lo miré como puede mirar un hombre que está en la cornisa a una lombriz. Pero de nuevo levanté mi conmiseración hasta ponerla al nivel del perdón. Entre otras cosas, la filosofía sólo es la astucia del perdón.

¿Entre quiénes me había sentado, que también me creían un emisario de la patología? Estos ignoraban que desde Francisco de Asís hasta Omar Viñole la utopía continuaba cebando la lucha incesante del que enseña. ¡Cómo serían de pequeños, que no se ilusionaban tener tertulia con un hombre ganado a sí mismo!

Y, una vez más, decidí financiar mi derrota. Saqué del bolsillo interior un análisis de sangre y líquido raquidío —que siempre llevo— y lo mostré, agregando: “Yo puedo evidenciar mi salud mental de acuerdo a la última palabra de la ciencia; en cuanto a usted, ¿quién me garante que es normal con esa cara de loco que lleva para la exportación?” ¡Era brutal mi contestación! Alfredo Palacios se peina con la mano izquierda su bigote de dos plazas y me dice: “¿Cómo usted, con el talento que tiene, anda con una vaca por la calle?” Esto me hacía notar, precisamente, el hombre que hace cuarenta años que anda disfrazado. Estas cosas las digo, más allá de las cenizas que quedaron de la entrevista con el ampuloso político y líder de la turba dolorida. Con el incorrompible transformador de la masa. Con el purista constitucional, que no notó la tempestad ideológica de ese escritor malbaratado, del que sólo vió su camisa rusa y sus recursos reclamísticos. Si este hombre que había querido despertar del camastro al pueblo argentino no acogía con el fervor humanísimo los hilos de mi

prédica por una alta causa —pared por medio de su ideal—, ¿qué labio me reclamaría el tono de mi voz? ¿O era que el menos visible de los políticos se atrevía a escamotearme mi angustia?

Esta pequeña jabalina que le clavo —y la que podrá desviar con otra peinada de bigote— no me nace por la premura que tengo de que me haga justicia Alfredo L. Palacios, sino por la comprensión que yo le exijo al ciudadano que más la reclamó en todas las bocacalles de esta capital. No soy víctima de una confusión. Es él el que está confundido. Yo no me amedrento con los valores históricos. La vida es renovación. De ese crecimiento, que es girar vitalicio, tampoco se escapa este tétrico amigo. Pero ni una sola idea nueva, para los que nacen, dejó en mis manos este viejo trabajador. Tengo cierta piedad por la historia personal y política. La fabrican los que invocan el pasado. Yo me precipito en mi viaje. Miro para adelante. Soy otro payaso como Palacios. Todos somos payasos. Algunos conocidos en su casa solamente.

Otros conocidos en su pueblo. Otros conocidos en el mundo. Diógenes buscaba al hombre eterno con su barrica. Palacios lo ha buscado con esa indumentaria que es una marsellesa a domicilio. Yo lo he buscado con la vaca. Pero en la inmensa caravana de histriones —que, al fin y al cabo, lo fué hasta Jesús de Nazaret—, los hombres sólo nos rendimos al otro, al que no vemos, al que ya está de viaje, al que no vive donde se tiene el cuerpo. Yo declaro públicamente no haber tenido oportunidad de conversar con el otro hombre que Palacios debía —a esta altura— llevar adentro.

LEOPOLDO LUGONES

Todavía me parece que le escucho desde el escenario de "El Coliseo". "No creía —dice Lugones— que mi pobre nido, tendido sobre dos ramas, en la parte más alta de la montaña, fuera tan rudamente sacudido por el invierno". Se refería a una tenaz campaña de un diario de la tarde. En esta aptitud congénita a temblar como un hombre, frente a otro hombre que tiene la grandeza de su soledad, yo me conmoví, como si fuera el nido de su metáfora. Pero enseguida volví a instalarme en la desconfianza que me provoca toda la obra de este "maestro". Yo fui un prisionero de Leopoldo Lugones. Por mucho tiempo no hacía otra cosa que referirme y comentar su producción. Le admiraba en aquellas publicaciones rebeldes de su comienzo como literato. Recorría sus artículos y los leía a mis amigos. Cuando los retiraba del tráfico de mis bolsillos era porque éstos estaban totalmente rotos del manoseo a que los sometía las treinta o cuarenta veces que los leía a mis camaradas en voz alta. En las confiterías, en las tertulias, en la Universidad, yo hablaba del poeta Lugones. Pero un día, ese día en el que amanece nuestra derrota, este fabuloso edificio se cayó verticalmente ante mis ojos. ¡No era un poeta! Tenía miedo a la turba. Su existencia, tan llena de zozobras, caía fagocitada por comestibles. Daba el espaldarazo al pueblo y al origen del cual venía, abriéndose paso, a golpes de la brillante hacha de su talento.

Esa mole de mampostería estaba en el suelo. De

ahí para adelante, Lugones reñiría con el fastidio de su selva inútil. ¿Qué ventaja social tiene la palabra y la obra "postrera" de este escritor? Lugones ya no escribe con sangre. Es uno de los tantos razonadores a pesebre, que hila su algodón centenario. No está en la pulpa del dolor común. Dice cosas bellas, huyendo de la realidad. Bosteza en la monotonía insultante de su cobardía para luchar. Artillero con un cañoncito de madera, bajó una tarde de la montaña a enfrentarse con los que esperan.

¡Cómo será de grande, nos decíamos algunos, que quiere entablar la guerra con esa herramienta! El guerrero hace un arma hasta con una sola rama. Pero todo el ruido de sus palancas en acción era para que le dejaran un lugarcito a la urgencia de sus víveres. El error —irreparable— es confesar, como lo ha confesado Lugones, que él rompió vidrios en su edad temprana. Gritó con megáfono que se había curado. Que ya no tenía hambre de nada. Que veraneaba en la gloria y en la opulencia. Que él estaba acomodado. Que no lo molestaran. Que él sólo quería ser amigo de un dictador. Porque lo risueño es que las dictaduras son buenas y superiores cuando uno es amigo de ellas.

Cuando se habita una sociedad que recién está lactando su cultura, los que trabajamos por ella tenemos derecho a exigir sinceridad. Cuando fué sincero este "benedictino" de la pluma. Ayer u hoy. Lo probable es que ni él mismo, que se pretende juez de lenguas muertas, no pueda serlo de la suya, que todavía camina. Su levadura, tan precoz en herir, como lo hizo con Deodoro Roca, bordea su ruina intelectual, si ésta no fuera ya su visitante. ¡Lugones cayó vencido! ¡No era un poeta!; porque el que ejecuta con ensueño, siempre espera la

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

querella final. Todos los escritores empleamos una vaca para escandalizar. La que usó Leopoldo Lugones es la más peligrosa, porque no se ve, pero está pastando adentro.

“Maestro —le dije en una esquila que le hice entregar en el Hotel Bristol, de la ciudad de Córdoba—. Los libros que hago llegar a su mano son emisarios de mi repudio. Caballos que he largado en la cristalería. Los habrá tomado con ese espíritu ergotista que le caracteriza, y habrá formulado el mismo juicio temerario que hizo de las multitudes. Semipoeta, semidelicado, semipatriota, semiacadémico, ha dicho, “este es un fresco, arrebatado por los sucesos de una aldea”, a quien no conozco de la Junta de Historia Numismática.

Como tampoco lo conocían a Lugones mientras no maritaba con la venda que se ha puesto, para alejarse del estremecimiento de su pueblo, que todavía no ha adquirido una noción clara de sus derechos y de sus deberes. Mientras Lugones se pasa la tarde saludando a la vegetación, en una parodia de botánico adulto que persigue las hormiguitas, nuestras flaquezas sociales, políticas y culturales se han introducido en el sentimiento popular y ya legislan.

Esta combinación de ignorancia y arrojo ya no le interesa al máximo cambista de otrora. Como todo inmigrante, concluyó cuando se apoyó en la casa propia. Que Leopoldo Lugones viva muchos años, felices, comiendo perdices y mascando raíces, le decía Haya de la Torre, en un enjundioso artículo. Este pinturero ya no fortalece ni deleita. Su fuente tiene aguas estancadas. ¡Ya nadie bebe! Como recurso, no se lo censuro del todo. No es el primero ni será el último escritor que nos engaña. Ahora puede, desde su “herbolario”, descansar y hacer so-

nar los cascos de sus caballos, planteando sofismas y forjándose actor de su teatrito. De su romance acicalado con las musas, le quedará el recuerdo de sus glándulas abolidas, fotografiadas en el verso, que como epílogo de una vida fructífera es cursi por demás. El plan polémico no se ha convertido en mí en una necesidad. Sólo me defiendiendo cuando me defraudan. Y no mucho, porque yo espero vivir entre estafadores. No crea que brego para que este perjuro me remolque a la luz de la discusión. Tengo una gran habilidad para hacer el payaso. La mañana que me levanto con ganas de desayunarme con un comentario acerca de mí, saco de su bozal a la vaca de carne y hueso por las calles, y veo colmada mi personalidad de Garrik, sensual de sus estratagemas.

Si el salario quincenal pudo más que las teorías rebeldes de Lugones, que lo diga. Se ha metido con la platea, utilizando la pirotecnia, que sabemos cómo se manufactura, dentro de la cocina del oficio. Como valor decorativo, tampoco es un cordero. Reparte sus ambiciones con el humor de su mal metabolismo. A esta edad Lugones tiene su hígado, y su semiología, poco cerca de la orilla de los cisnes. Por eso debemos cuidarnos de este arquitecto, que no mete en la obra buenos materiales. La etapa industrial danza en el vientre de este enigma de nuestra literatura. La morgue toca el jazz, al lado de la casa de corcho, donde Lugones guarda su alma. Que haga memoria la garganta de este escritor y recuerde aquellas arengas que le hemos oído algunos muchachos que todavía estamos fervientes en la inadaptación.

¡Qué solo debe estar el corazón de un poeta cuando el que lo lleva es un estuche extranjero al dolor de los hombres de su pueblo!

ANDRES GUEVARA

Ramón J. Sender, el intelectual díscolo de España contemporánea, expresaba las vejaciones a que se ve sometido el dibujante. Hay distintos tipos de dibujantes. Los que instigan a pensar y ver como ellos, y los que acomodan a las instigaciones de los otros. La agudeza silenciosa de un lápiz está en el que trabaja su público. El que nos lleva de la mano, hasta su creación o su deformidad. El dibujo, para el periodismo, es el más difícil. Porque debe llevar la exactitud del dolor del momento, de ese día, de esa hora. El lector exige actualidad. Un dibujo de ayer, una caricatura o un retrato, pierde la relación concisa con el acontecimiento que lo determina. El dibujante tampoco puede entregarse de pleno y estacionarse en su trabajo. Lo precisan ya. Realizado con menos lentitud que el relato. Mezcla inconforme con lo que ha ocurrido o está por ocurrir. Por eso Guevara es un dibujante que obsesiona. El ve con un tono mientras sus líneas exclaman el horror que la sociedad tiene al hombre que en ese instante preocupa. Psicológicamente, nadie podría dar la medida del dibujante que fija la realidad del tiempo, en sus hijos artísticos. Dondequiera que se adivine una leyenda, se simule un raid moral, se constate una anécdota, Guevara deja las sutiles impresiones digitales de su talento. El escritor marino retiene hasta los arabescos de las olas. Guevara encuaderna las líneas de sus fantasmas. ¡Están todos codificados! Desde el más gordo

hasta el más delgaducho. Los tiene con apellido, por orden alfabético. No se le esfuma una sola de las sombras. Buzo que juega con el aire que hay entre una y otra raya —en cuyo espacio cabe una definición—. Ha hecho el plano catastral de las sombras y de la remota lejanía aparece acusado el personaje que derrama sobre la cartulina. Qué sufrimiento terrible debe pasar el dibujante creador. ¿Será verdad esto que yo veo así?, se pregunta. ¿Me estaré refiriendo a la tierra y trabajado por el dolor de la gente que me rodea? ¿O es que soy el biógrafo de la patología? Un destacado dibujante —en una fiesta— se me arrima, con una facie cadavérica, y me muestra un apunte, casi temblando. Vea usted, me dice, cómo veo yo a Oliverio Girondo; ¿qué le parece a usted esto? ¿No estaré loco? ¡Pobrecito! Tuve que urdir mucho tema para explicarle que aquello no era síntoma de enajenación. Que él había estilizado el perfil, que desvanecía la verdad material, pero que Oliverio se parecía a su apunte. Se tranquilizó aparentemente. El creador, el que no es esclavo, el que tiene la maldición de ver a su manera, sufre y tiembla frente a la euforia de sus símbolos. Las escenas que crea el novelista siempre son conformadas con su oscilación errante. Pero lo que el dibujante escribe es testigo vitalicio de su mundo exótico. "CRÍTICA" tiene el lote de dibujantes que mejor relatan los teoremas del proletariado, el desgarramiento de una tragedia, el fenómeno de una causa social.

Güida, por ejemplo, se aferra a la preocupación de su gran bondad. Sus dibujos son un retrato deslizado entre la armonía de su gran prudencia. Las caras de Güida están armadas con una gran honradez. No deforma, porque él no ha emprendido

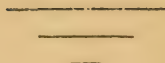
ningún viaje indigno. Encuentra sencillez penetrar las fisuras de los rostros y animarlos ni más allá ni más acá. Ha triunfado aprendiendo a separar la ignominia, porque considera que un semblante es el hogar que no debe saber nunca de los espectros interiores. Debajo de su mano no tiene otra crispada. ¡Es la que se ve! En cambio, Héctor Rodríguez es agresivo e hincha su indignación, derrumbando la realidad, hacia el terreno de la burla, que es cómplice secreto de la ilusión asesinada. La tiranía viril de la sátira del dibujante Rodríguez es el patíbulo hasta el que arrastra su desprecio por las personalidades. Porque cuando todos seamos iguales, las personalidades estarán en el museo de la ridiculez. En tanto, las ofrece en el montón de monos, llenos de oprobio y de risas.

Parpagnoli, en cambio, sólo apunta efímeramente lo que ve. No quiere ni darse cuenta de lo que ve. ¡Cómo estará de aterida su alma, que le basta con esfumar las escenas, escoltadas siempre por una llovizna que sombrea el río de sus trazos que lloran!

Pero Guevara estrangula y saquea. Les pone lastre o libra del lastre, fríamente. Quirúrgicamente. Planea la destrucción. Se entromete en la razón social. Deshumaniza el molde humano, y nos da el que él quiere, el que fragua, para que la materia quede vencida por la mano de este creador que no se detuvo a considerar si los otros argumentaban. He aquí la personalidad que entraña y el talento ejercitado para servir su demonio interior. En esa Babel espiritual que es "Crítica" los dibujantes son los únicos políglotos que prolongan el eco de los artículos. Empedernidos panoramistas que se han emancipado del pontificio de la pluma, porque el dibujo es más mudo. El artista que dibuja ya no

OMAR VIÑOLE

tiene necesidad de palabras. ¡Están de más! Toda explicación es mezquina, cuando Guevara —verdugo de fantasmas—, sensatamente, hace que sus pasiones de artista incomparable arranquen las anclas, que no dejan que la nave de la justicia siga viaje a su puerto. Un artista que deforma y que hace como él ve. Es el único que hace justicia con la eternidad, imprecisa, pero irrefutable en las muestras delirantes de los genios artísticos, como el de Andrés Guevara.



JOSE AGUIRRE CAMARA

A la ciudad de Córdoba le faltaba un enviado insumiso. El desparpajo —que precozmente clasifican los cobardes—, es el presentimiento de un derecho, hacia el cual corremos. En las cuatro paredes de un espíritu, no hay derecho pequeño. ¡Todo es grande! El séquito de vacilaciones, sólo muestran nuestro inliberado temperamento. La audacia en política, y en cualquiera de las manifestaciones que mueven el mundo, es la fórmula anticipada en un solo hombre, que espera poder explicársela a todos. José Aguirre Cámara, aparece en el plano de la política de Córdoba, como si su misión fuera mostrar las decisiones de su conciencia. ¿Quién es este sospechoso reformador que quiere ser Gobernador? se oía decir en todas partes. Atraído por sus anhelos creadores, no espera que le llamen las asambleas. Sale a buscarla para que lo resistan. Comprende que el valor es la aptitud negativa o positiva que provoca resistencia. Y se siente un valor. Córdoba con su fanatismo por la obscuridad, no recorre las evoluciones, no cosecha el aprendizaje de los grandes pueblos. Se diría, más bien, que desprecia los fenómenos de la sub-conciencia individual. La industria remota, de los regalos electorales, no organizan la emoción política de José Aguirre Cámara. Es apenas un muchacho, y tiene ya la pubertad de los auténticos batalladores. Proyecta, discute, reforma, y camina para lograr asegurar ante sí mismo, que es hondo y real. Desconcertante, pero también

estudioso. Imprudente, pero con recursos nobles. El que no conozca de cerca de la vida de Córdoba, no puede darse una idea del nepotismo de una sola familia. La familia de Doña Teresa.

Esta distinguida matrona, ha podido y ha gravitado en las causas sociales de la docta, por medio de la casualidad de una vesícula —que es el parto— como no ha podido hacerlo el cerebro más claro de ningún cordobés.

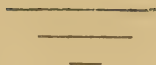
En la Universidad, en los casamientos, en las partidas del presupuesto, su influencia, industrializada en el acopio de posiciones, había declarado guerra a todo hombre que sea de su “parra”.

El que decía esta boca es mía, sin autorización de Doña Teresa, era, indudablemente, hijo de un parto ilegítimo. Entre lo risueño, es cruel, lo que expongo, pero es una realidad del mismo tamaño que la casa Trejo. Cómo será de cierto, que hasta el abúlico de su hijo, Eduardo Deheza, —que es un operario de la sombra dentro de su esquizofrenia— es en este momento Ministro de Obras Públicas. Tito —como todos le dicen cariñosamente—, no capitula con el medio. El medio ha tenido que capitular. De todas esas fuerzas societarias de su voluntad, puesta al servicio de un fin democrático, la mediterránea aldea, esclava de una estadística de hombres sin personalidad, tiene que abrirle las puertas a un hijo de su terreno, que aplica su capacidad, quebrantando las medidas impopulares con las cuales, Córdoba, desde la época de la colonia —que todavía suda— ejercita con los que no le preguntan a Doña Teresa, qué destino les fija, para mañana

José Aguirre Cámara, pertenece a la categoría de Hombres, que de tarde en tarde, se da en las colectividades del mundo.

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

No busquéis estadísticas. No leáis las memorias de los capitanes y los conquistadores de hojalatería que tienen los libros de la caballería española. Que en Córdoba, José Aguirre Cámara, abarca y escruta el desierto de nuestro pueblo, sin personalidades. Salid a la calle y preguntad cómo hizo este chico para apropiarse de la popularidad política. Es sencillo, tiene talento político y lo mostró. Lo enseñó, como esos padres que muestran a su hijo. Es el hijo de ellos. Por eso es el mejor de todos los hijos.





MANUEL A. FRESCO

La juventud argentina está depravada, aseguran los "sociólogos". Pero no se atreven a señalar qué causas han hecho perder la unidad política, y qué razones decisivas, han limitado la ilusión. Por muy grande que sea el deseo que se tenga para colaborar con los problemas del Estado, se hace casi imposible someterla a la tutela de los directores de masas, porque éstos, no sólo carecen de la idoneidad jurídica, sino que hasta su amistad la conceden como una dádiva.

La desmoralización juvenil, ha transformado y desviado el apoyo que la misma juventud ha prestado en otras épocas a las causas políticas. Porque, precisamente, el orgullo y la seductora rebeldía de esta edad, no encuentra siquiera el pretexto emotivo, para darse con el impulso romántico. Ramón y Cajal decía, que entre dos hombres, el menos canalla es el más joven. Porque la juventud no ha tenido tiempo de enlodarse. Posterga sus infamias. Está en otra cosa. Y cuando asiste a un movimiento social, no especula. ¡Se entrega!

Yo me hago cargo de la indulgencia con que me miran todos los "personajes" que actúan en el manejo de la administración, a los cuales mi pluma les ha dejado la mordedura. En un país donde sólo se acepta el triunfo de los asalariados, hasta parece enorme que un escritor no haya podido ser legislador de provincia, siquiera. Un día, saludando al diputado nacional Costa Méndez, me saqué

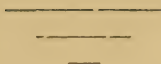
el sombrero, y él, misericordioso, me responde: "póngase el sombrero". "Déjeme —le dije:— así creen que el infeliz soy yo". Hasta este exilado del sentido común, me tenía lástima o se adueñaba de una actitud, que deberá ser a la inversa, el día en que desaparezca el premio a los ignorantes y a los analfabetos. Mi cariño personal por Manuel A. Fresco, lo ha provocado el talento crítico, con que juzgó mi actitud y mi postura literaria en Buenos Aires. Cuando yo vine a abrirme paso —por la razón o por la fuerza—, ninguno de los dos ocultamos la mutua simpatía de tratarnos. Yo veía en él, a un hombre digno y útil en cualquier agenciación política, y el probablemente, con ese tacto y prudencia, que es una de sus grandes características, escuchaba el valor y el sufrimiento para sobrevivir imperturbable, por encima del "hombre de la vaca", del "luchador del circo", y de aquel ilógico panfletario, que se paseó por todas las calles, con un gorro turco.

En esta actitud, o se es muy grande, o irremediablemente se es cretino. Manuel A. Fresco, pensó en mí, como yo habría pensado de la soledad de Gandhi, hablándole a su chiva, de Fugita, pintando para sus gatos, de Trilusa, narrándole los fenómenos morales del pueblo, a sus sapos enjaulados, y de Francisco de Asís, refugiándose en su "hermano lobo".

Cada día que vivo, a mí me parece el último. Cada amigo nuevo, me obliga a mirarle, como si no volviera a ver más. Yo le aseguraba a Roberto Noble, que mi simpatía por Fresco, estaba anexada entre otras cosas, a la admiración que tengo por los hombres bien hechos. Esa gran permeabilidad que este privilegiado político pone en el trato, la atribuyo a que su buena semiología, le concede un

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

complejo de inteligencia y sociabilidad artística. Pero yo, que soy una catarata de espontaneidad, porque me he decretado vivir sin guardarme nada, para no llevarme nada de la tierra, largo a vuelo las campanas, para que ellas griten mi opinión. Fresco no fué sordo a mi descontento y me apoyó moralmente. Cualquier otro que no hubiera sido él, con su prestigio, y su actuación, se habría eludido. Hombres jóvenes de la Argentina, escritores, que tantas veces tenéis que elogiar porque tenéis hambre, y estáis obligados a dar palabras de aliento a los pequeños, a los negados, a los amorales: he aquí un político al que se puede elogiar sin tener hambre, sin ser pequeño y sin ser inmoral!





RAFAEL PEREZ

Para un globo sin barquilla como es mi espíritu, —puedo asegurarlo—, no es fácil encontrar cadenas cordiales que me aten a los demás. Los demás, están en asuntos de lentejas, de la casa propia, de vaginas, de comidas, de digestiones. Yo ya vengo de regreso de todas esas cosas tan inelegantes. Soy el prostituto de regreso. Ya pasé la edad de los fiambres. ¡Estoy en el postre! Cuando le dije a Rafael Pérez —dueño del Hotel Castelar —yo necesito dar una conferencia en el “Sótano”, para explicar por qué me hice el idiota en Buenos Aires, me miró casi diría con gratitud. Esa gratitud que se prodiga al que nos comprende. Al que hace algo que también nosotros haríamos. Al que da la palabra que lleva nuestra emoción intelectual. “Usted puede disponer de todo lo que esté en mis manos, sin ninguna duda, y en este Hotel puede vivir sin pagar, mientras sea mío”. Ignoro si a algún escritor le ha pasado eso, —en el mundo— pero a mí, en esta ciudad que manejó Scarlatto, me ha sido dable acercarme a un temperamento que no es de hotelero, y que no veranea en la repugnante salmuera de los que comercian.

Es que Rafael Perez, es hotelero, como Mirabeau, fué comprador de lanas. No están en el oficio. No pueden estarlo, porque se nace con calidades que no serán nunca complicadas en las deleznales faenas de la alimentación. Todos hacemos y vivimos de actividades distintas a las de nuestro íntimo personaje.

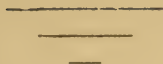
Que generalmente, no sale a luz. Vive en su cuarto. Igual cosa, me sucedió con el dueño de la sastrería Muñoz. "¿Usted es Omar Viñole, el que ha tenido la genialidad de salir con una vaca por las calles? Yo le ofrezco mi sastrería para que se vista y se haga la ropa que quiera, aunque usted no me pague nunca." Debajo de mi ojo de buey cansado, casi diría que estoy exento de impresiones. He tenido tantas que todo me parece un juego ingenioso de palabras que aprueban o desaprueban. Pero una mezcla de extrañeza y de cariño, me inspira a gritar en los cuatro puntos cardinales: "Hay escritores que tienen hotel y escritores que tienen sastrería. Son estos señores que he nombrado. Al valorar mi actitud, la comprenden y la estimulan. Está en ellos mi disconformismo. Nadie da la mano al que no interpreta en sus finalidades. Les parecerían actos desventurados y sin control. Como les pareció a muchos. Es que indudablemente, se han cambiado los papeles. Los sastres de verdad, los hoteleros de verdad, los zapateros de verdad, son los que escriben y rumbo-samente se dicen pensadores. Para mí escritores lo son Pérez y Muñoz, que por esos percances, que es inútil intentar establecerlos, concuerdan en el vacío que espigan las grandes inquietudes como la mía."

De dos comerciantes tenía el apoyo moral que no tuve de "los del oficio". Porque si yo hubiera tenido hambre, me habría ruerto a medir por la protección de los intelectuales. La mayoría de estos hijos de puta, creían que se trataba de un histrión que salía con la vaca para hacerse notar. Pero, lo graciosísimo, es que un político, tiene derecho a ensuciar las paredes y hacerse la reclame como la de cualquier casa de empanadas; pero un escritor debe esperar a que le entreguen el "brevet de sabio". Pérez y Muñoz, comprendían el latigazo dado en la

CIENT CABEZAS QUE SE USAN

cara a esta ciudad incapacitada para oírme. Eso que parece mover a risa, tiene en el revés, lágrimas. La vaca es la única cosa humana que me queda para hablarle del proceso de nuestra decadencia moral y cultural.

¡Qué vergüenza tendrán dentro de cien años los habitantes de Buenos Aires al comprobar que de los únicos que merecí ayuda, fueron de un hotelero y de un sastre! La misma que tienen estos hijos de mil putas —perdóneme el lector que insista— de Florencio Sánchez, con cuyo nombre lleno de gloria y de dolor, trafican los “intelectuales contemporáneos”.





RICARDO VIZCAYA

De todas las profesiones liberales, la que más ha contribuido al descrédito de la cultura burguesa, es la de abogado. La actitud mental del que se gana la vida, haciendo notar el “espíritu de la ley”, pierde su autoridad en el dominio de la razón. Se precisa una. La que permita realizar la conquista de sus errores, mediante la dialéctica jurídica. Y he aquí, que es precisamente el régimen capitalista, el que ha tenido que negar autoridad a esta profesión. Es una profesión hecha para los que tienen algo que esconder. Los que no tienen nada, no la precisan. ¿Para qué? ¿Qué habrían de defender? Ricardo Vizcaya, pareciera que es un elemento adverso a su gremio. No es un dialéctico en su materia. Venera la lógica —nada más ilógico que nuestro derecho—, se entrega con amor a una causa —nada más mecánico que las prácticas juristas— y argumenta con una idea del presente —nada más distante de los hombres de hoy, la justicia de ayer. Para llegar a los calzoncillos largos, la humanidad necesitó casi diez y siete siglos. El abogado de hoy, tiene el sentido cavernario de la edad de las galeas. No ha evolucionado. Se ha quedado con el conjunto de instintos reglados en los instrumentos de tortura, que forman el sistema jurídico actual. Las condiciones internas de los abogados del presente, son tan bárbaras, como en el siglo cuatro. El régimen de la propiedad, asentado en el despojo y aprovechamiento de la tierra —

que no es de nadie— liquida el peligroso guinche de defensa que tienen los hombres de la burguesía. Vizcaya es una cosa nueva. Juzga y equilibra su interpretación con arreglo a su alma. La vida del derecho, será tan intensa como lo sea el espíritu del que lo interpreta. ¿Qué es esto de derecho? ¿La uniformidad de un tipo de pecado a través de la historia? Para este talentoso jurista, no hay cosa mal hecha. Ha defendido las causas más difíciles, porque ha debido crear una atmósfera que haga posible el fracaso de los métodos establecidos. He aquí lo grande de Vizcaya.

Cuando defendía a Noble —aquel estudiante de medicina que en el Hospital Clínicas de Córdoba hirió con arma de fuego al profesor Tey— construyó los elementos vitales de una realidad jurídica que sólo estaba en su talento. El efecto de una vacuna gripal, era el origen de la emoción violenta, que llevara a la ceguera a este estudiante, que creyó que una reacción física, podía superar a cualquier otra.

El oficio no es bastante para ser abogado eficaz. El atentado criminal cometido con un honrado profesor como el es el doctor Tey, hizo que Vizcaya estableciera la relación del Código Penal, con el dolor de la madre de Noble. Lo salvó por ella. El no le interesaba. ¿Qué otra cosa puede interesarme a mí, sino el corazón de este abogado? ¡Es un abogado que tiene corazón! Si el extraordinario talento de Ricardo Vizcaya, fuera todo eso, cuántas cosas se podrían decir de él. Tendría material para una gran biografía. Siempre fué posible hablar mucho de los que no se tiene nada que decir. De Ricardo Vizcaya hay poco que decir. El artista, el abogado, el hombre, el humano, el poeta que hay en él, no deja espacio para una semblanza.

CANDIDO PEREZ GARCIA

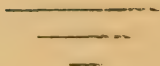
Cuando una colectividad soporta —sin temblar— el drama de un poeta, que ha tenido que dedicarse a saber sumar, es porque esa sociedad tiene una escuela materialista que la llevará a la ruina. Cándido Pérez García es un poeta que sabe sumar. ¿Para qué quiere los guarismos, el elegido de la belleza, si en el proscenio de lo eterno, las cifras son simples garabatos? Porque el poeta de hoy, se avergüenza de serlo como en el siglo de la luz. La linotipo ha ametrallado el ensueño. Nos arrastran los émbolos. Nos ha destruído la codicia de los que no nacieron poetas. Ellos están en mayoría. Tienen quórum propio. Edad adversa al canto, quedó huérfana la tierra de ese generoso hombre que agilizaba el viaje con el oficio de desbocar las palabras bellas. Pedro Herreros, el poeta español, se quejaba y aplaudía mi postura.

Por las crónicas de los diarios, se enteró toda la República, que yo pedí al director del Circo Sarrañani, permiso para leer mis últimas composiciones poéticas a los elefantes en su custodia.

En Buenos Aires no me quedaban más que estos animales, que por lo menos habían viajado, como no lo han hecho los poetas y los hombres que viven funcionando de poetas. Cuando se reunieron en la pista los elefantes, me alargaron su canilla, con íntima comprensión. Cuando nos conocimos con Cándido Pérez García, ambos obedecimos a la vergüenza de darse en la realidad de nuestras quimeras. Pero es precisamente el poeta, el que advierte

OMAR VIÑOLE

lo ventajoso que es cumplir con la realidad de su creencia estética. Pérez García es contador, —sabe sumar—, y yo, médico de caballos. Nos miramos derribando la barrera de la vida. Y desnudo, en el desierto de las edades donde todavía se podía soñar, dijimos alguna trivialidad que atenuara la piedad con que nos mirarían los que se dieran cuenta que éramos dos poetas.



GILBERTO SUAREZ LAGOS

Cuando se está asediado por la convicción de un destino, inexorable, que es el de morir, las palabras de cariño a un hombre, o las palabras de hostilidad, no representan nada. Los que escribimos, dialogamos. El radio de influencia de nuestra pluma, no desembarca en la casa de fulano ni en la de zutano. Fijamos gérmenes, para contemplarlos. Labor de bacteriólogos. Pasatiempo con el cual se expresa lo que en nuestro gabinete psicológico querríamos que fuese. Yo me hice escritor, sin desearlo. Empecé a contar las cosas tal cual se deformaban dentro de mí. Y de esta victoria lograda frente al error de otros, hice del mío, el mecanismo inexpugnable de mi vida.

¡Qué raro es usted!, me dicen los amigos. ¡Sí! Aspiro parecerme a Omar Viñole. Perito interior de las armas de mi cabeza, no discuto su ubicación. Las dejo así. Explíquese por qué me consuelo con el drama de no parecerme a nadie. ¡Y qué gran consuelo es encontrar que otro se parezca a sí mismo! Nadie podría decir un discurso como Suárez Lagos. En ese envase impresionante, un niño debuta sus emociones políticas. No se aparta un solo instante. Lo persigue como un perro a su presa. Suárez Lagos cuenta y narra las cosas en sus arengas como si todavía contara a los muchachos del colegio. Habla conservando la realidad de esa interpretación que tienen nuestros padres de las cosas públicas. Que tuvieron los patriotas de antaño,

que todavía retiene el proletariado suizo. El que ha discutido y ha actuado en el plano de los discursos políticos con sentido filosófico, no es accesible a darle paso a la especulación patriótica. Pero cuando Suárez Lagos recuerda las cosas que pertenecen al lugar donde se ha nacido, toda la piel se pone de gallina.

¡Cómo serán de poderosos los vínculos del corazón, que a pesar del denigrante sistema de canje, todavía persisten en la boca del hombre!

Suárez Lagos, mueve las asambleas. Conquista clientela por vía de apremio. En especial la de las damas y la de los que fraguan esperanzas. Seduce porque es el hijo natural de la montaña andina. La invoca con la familiaridad del que juega diariamente en sus festones y laderas. Posee ese "no sé qué" que engruilla por arriba del tumulto de sus palabras.

No es huraño al vuelo lírico, porque comprende que ¿a dónde irá el hombre que no busque su unidad con la gratitud?

Suárez Lagos ha nacido orador. Una gran melancolía desencadena su tempestad de hielo —cerca de la montaña—, la que nombra como se invoca lo que se tiene más a mano del alma.



JOSE HERIBERTO MARTINEZ

¿Es acaso un hombre de privilegiado cerebro? ¿Ha hecho alguna obra de arte que sacuda las masas? ¿Es un hombre de ciencia? ¿Ha plantado un árbol? ¿Ha escrito un libro? ¿Ha tenido un hijo? Ciertamente, tiene anotados en el Registro Civil, a su nombre, hijos. Libros no ha escrito. Los ha copiado de otros autores, pero ha plantado el "arbusto". Además, es político en una aldea mediterránea y figura entre los intestinos que tienen inmundidades. Hace . . . , no hace mucho que digamos, unos inmigrantes gallegos bajaban a la planta urbana con una caja de madera; de rigurosa pana y algún otro traje —de pana también— de repuesto. ¿Destino?; no tenían destino. Vinieron a Buenos Aires como podían irse a Pekín, si en ese país hubiera posibilidades de plaza para mucamos. Se fueron a Córdoba. De esa raíz —que, como se verá, ya tenía callos— "dimana" Heriberto Martínez. Llegamos a este caballerito, para no perder tiempo en fruslerías. A América han venido muchos españoles y muchos peninsulares. La profesión que eligen los padres —ya que el que más o el que menos está expuesto a ser contertulio del Código Penal—, es la de abogado. Precisamente, José Heriberto Martínez se recibió de abogado. Tampoco nos alarmemos. En Córdoba no hay desgraciado que no lo sea. Lo es hasta Pancho Beltrán Posse. Esto de desgraciado es en el mejor de los sentidos, pero el que quiera lo puede ampliar hasta el que mejor le encaje y mejor conozca estos "personajes

de mucha pega". Se inicia como Diputado Provincial a la Legislatura de la provincia. Atemperemos. No es alarmante. El loco Blanco —un tilingo que es la casa matriz de la insulsez— también fué legislador. Véase que no hay mucho que arar para que nazcan probabilidades. El galleguito Martínez prospera. Lo ascienden a Diputado Nacional y consigue efectuar la mejor operación comercial. Se casa. El comercio de las mucosas arranca del primer poblador. Aquello fué por una manzana. Este fué por una verdulería.

En el ejército y en la armada no se ha aplicado nunca el escalafón como en la vida de José Heriberto Martínez. Sigue ascendiendo. Lo ascienden a senador. Y presidente del Partido Demócrata de Córdoba. Es aquí donde este aventajado grumete desciende verticalmente. Sus ocios los entretiene en hablar de sus finanzas. Sus deberes los entrega a combatir con su narcisismo. Su apariencia de tendero con suerte la entrega a descuidar sus obligaciones con el electorado que lo había vestido. Y he aquí, en líneas generales, el síndrome de un ciudadano, con dos riñones como datos personales, que tiene en sus manos el fenómeno de la vida política de la República. ¿Qué inversión le ha dado a los cinco millones que se ha gastado para la campaña política de Córdoba? ¿Si no tenían seguridad de la eficacia, para qué los gasta en esas cosas y no los regala a los que tenemos alguna otra cosa en la cabeza —además de la caspa—? En "CARNE QUEMADA", libro en prensa, expongo con amplios detalles la vida y génesis de este "político" que no le concedió ninguna importancia a la pluma del escritor que tuvo que vestirse de irresponsable para hacerse oír, y otro poco para tratar a José Heriberto Martínez.

JAIME ROCA

Hamlet no tenía un aspecto físico para comprar al fiado. Igual cosa le pasa a Jaime Roca, para ser artista. Como señas particulares, es tartamudo. Si se hubiera tenido que ganar la vida como poligloto, habría desprestigiado los países cuya lengua dominara, con sólo explicarlos en su belleza. Pero tiene una gran tragedia. Se casó con una niña que tiene fortuna. La fortuna la hizo el padre de ella, espoliando la obra de Dios Padre. ¡Le explota el piso! Porque el que tiene canteras de cal es, al fin de cuentas, un proxeneta de la tarea divina de hacer la tierra, que, como el lector imaginará, es indispensable para que salga pasto. El casamiento es un canje de uretras, que es poco para un hombre ambicioso de mucho. Y Jaime Roca se vió en la obligación de ser artista. Pero, como esto y la tartamudez tampoco llega a pedido de parte, ahí le tenemos en Córdoba, director y supervisor de la Academia de Arte. Alguien preguntará: ¿pero cómo nos habla de un hombre que no tiene más título que figurar en la guía de teléfono? ¡Pero así el arte de casi todos los tiempos! Son artistas los que no lo son. En "El manual del perfecto artista", Jaime Roca, que, sin duda alguna, es un humorista que se ignora, da la fórmula para edificar estatuas, reproducir cuadros y los métodos para hacerse la propaganda en los grandes rotativos. Es en esos momentos del sopor de las digestiones copiosas donde se manufactura el "hombre superior".

OMAR VIÑOLE

Yo le he seguido la pista a Jaime Roca. Como artista, ha empezado por donde debieran empezar los artistas de verdad. Casándose con la hija del que tenía la mina. La consagración está en la libreta de cheques. Si un rotativo no nos elogia, se compra todo el rotativo, y los críticos de arte que están adentro. ¡Es negocio! ¡La forma de lograr lo que no ha dado la naturaleza!

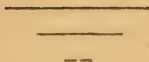
EDUARDO VEDOYA

¡La razón no ha triunfado nunca! No tiene necesidad de triunfar. ¿Para qué si tiene la razón? Tampoco los que no sabían lo que querían. Las existencias imprecisas, que se nivelan en las estaturas sociales, no pueden ser sino arrojadas al fondo de la normalidad. Al ayuno larvario. Al contrario visceral. Sólo los que hacen llorar o hacen reír interesan al mundo. En las puntas de estas afiebradas escolleras de los vientos, el diablo insinúa. El que está libre, en los extremos, es el único que preocupa, porque está solo. Y no se crea que es comprensión. ¡No! Es un poco de misericordia que otorgamos a nuestra posible soledad de mañana. Ya el Talmud dice: "El paraíso pertenece a aquel que hace reír a sus compañeros". La sátira, el humorismo y la ironía es el dorso del llanto. Llorar es una cosa fea cuando se tienen pantalones largos. Por eso elegimos el humorismo — como un escape en el que se refugia un enfermo que insinúa salud.

Fué en la mesa del Plaza Hotel de Córdoba, cuando este talentoso amigo —no tengo un solo amigo mediocre y sin talento— me aseguró acoger y servirme cariñosamente de "sparring" para la perspicacia de mis intentos satíricos. Eduardo Vedoya, con esos ojitos de académico laico, abrazaba mi sacrificio, y compulsaba la categoría de mis imperfecciones y mis "blasfemias". Una vida sin agitaciones y sin desventuras, es como un mar muerto para Séneca, y para mí, tampoco habría sido seductora, si yo

no la hubiera condimentado con los folletines más estrambóticos. Los dioses lo son, porque no se rebajan a regatear en las cosas del menudeo. Yo he tenido —para mi camiseta— un delirio de rey destronado. O mejor dicho, de rey, de incógnita. Ya en la otra orilla —en la hostería de los esclavos de la academia—, me doy el ambigú de recordar a los que me auxiliaron a desplomarme en la patología. ¡Qué grandes son los hombres que acompañan a otro hombre a hacerse el loco! ¡Vayamos a preguntárselo a Cristóbal Colón, las vísperas de su viaje a ésta! No encontró un solo sujeto estimable que lo acompañara. Solamente los carcelarios —testigos adultos que no se equivocaron en prepararse para la vida—, apoyaron al delirante genovés.

¡Cuánta bondad se precisa —como la que tuvo Eduardo Vedoya— para asegurar que a pesar de mis incoherencias, yo tenía el corazón en su lugar!



NORA LANGE

“Ahí está el de la vaca”, dijo un cretino en la mesa que estaba Nora Lange. “¡No!, contestó ella; el de las bolas que se precisan para andar con la vaca”. Así dejaba documentados esta escritora —adecuadamente— los cimientos morales del que se caga en una civilización y en una cultura burguesa. Este placer especial, habría definido en otra colectividad menos estúpida que la argentina, el auge de los imbéciles. Nora es todo un bibliorato que contiene el texto íntegro de su censura. Ella ha provocado críticas acerbas con sus actitudes, con su desinteligencia, con sus escenas, aparentemente incorrectas.

Cuando los hombres salgan del pesebre en el que tienen su grano, y reclamen un poco de equidad y distribución proporcionada, llegarán a conclusiones dolorosas. Cuando un escritor habla a una vaca, o a un mono, o hace un escándalo como lo hacemos frecuentemente Nora, y yo, es porque escucha el quejido de los oprimidos, y no se acuesta tranquilo.

Que se pare el tráfico de Buenos Aires por un momento y que me dejen explicarle por medio de alto-parlantes, las bolas que se precisan para vacunarse contra la hostilidad de que participa, el que tiene pretensiones más allá de las metódicas.

¿Quién soporta al que se pasa su vida tirando cáscaras de banana en el piso? Yo sólo sé las bolas

que hay que tener para atreverse a dar una conferencia sobre la no existencia de locos, y precisamente dar la mejor prueba que lo era en ese momento. Cuando empecé a sacarme la ropa en la sala del teatro, para mostrar que podía hablar de los demás porque no estaba visitado por una sola llaga, yo temblé. Y me dije: "Cualquiera que sea el epílogo de esta escena, me toca realizarlo". Por ese camino, yo iba al chaleco de fuerza, inevitablemente.

Gómez de la Serna, disfrazado de Napoleón, me contaba un estado psíquico análogo.

Las bolas que se precisan para estar adentro de esos cuarenta mil hijos de puta que fueron al Luna Park a ver "el hombre de la vaca", luchando, y con la ilusión de que se confirmara su expectativa, es tan dramática, que ningún novelista podrá dar la medida. Y lo pavoroso es que no me juzgaban como un tambero más o un catcher más. Sino como un histrión, vivillo, en el peor de los casos, que hacía negocio con el espectáculo de su insania. Nora, mujer nobilísima y con talento extraordinario, pesó en la balanza el drama de un hombre que está trabando una lucha con los fantasmas codificados por una sociedad para librarse de ellos definitivamente. Porque esta cultura y esta moralidad contemporánea ya no puede interesarle a los hombres que quieren salvarse.

¡Qué bolas se precisan para despreciar a los que se ama y se busca! Yo no sé si me he explicado. Mucho me temo que haya dejado en vigilia al interesado en comprenderme. Pero haciendo lo mismo, sentirá en carne propia todo lo que yo sentí.

ALBERTO GARZON

Somos tan pequeños como nuestra dicha, sí, pero somos tan grandes como nuestro dolor, ha dicho Hebbel. La función de una vida sólo está en su dolor, un dolor sin dividendos, un dolor sentido por los infelices que no pueden sufrir. Los que nacieron con autonomía de su espíritu saben bien a qué dolor me refiero. No es dolor de los callos, no es el dolor de una fístula, no es dolor de una úlcera de estómago, sino aquel de no poder tener una casa amiga, que nos trate como si fuera la prolongación de la nuestra, mejor que la nuestra. El oficio de escribir reclama viajar, caminar, hacer el linyera, no poder llevar auestas —como el caracol— su casa. Necesitamos la casa de los hombres que viajan sin moverse. Que nos esperen como si a ellos los esperaran en otra parte. Así era el hogar de Alberto Garzón, aquel coronel amigo, y cordobés con alma internacional. Había nacido en Córdoba, porque para el parto nadie selecciona a voluntad el territorio. Garzón era de todas partes, sufría con dignidad el lugar del nacimiento. Su casita de campo del Kilómetro 14 tenía siempre una silla para mi andariega inquietud de no estar donde estaba mi envase. Entre sus plantas y sus pájaros, el coronel Garzón hacía la apología de su decepción social. ¡Yo no sé porqué los grandes espíritus se refugian en las plantas y los pájaros cuando los hombres no los comprenden! Cuando estoy aquejado por el asco y la incoherencia de la lucha por el triunfo de

OMAR VIÑOLE

mis ideas, que me llevan —porque ellas son el guinche con cremallera que nos traslada de un lugar a otro—, recuerdo aquella casita del Kilómetro 14, donde el coronel y aquella grande dama —su esposa— siempre tenían un lugarcito piadoso para el ingenuo muchachote que jugaba a las escondidas detrás de la careta de cínico que envuelve mi alma — para que no me la embarren los que me miran.



JOSE MARIA DEL'HUECO

Huitzinga asegura —y con razón— que la historia no es el reflejo mecánico del pasado. El pasado está compuesto de hechos particulares, que se conectan al presente. El cretino del siglo catorce es el mismo tipo de cretino del siglo veinte. Sobre esta concepción individual he montado la literatura pánfletaria que esporádicamente cultivo. El despliegamiento de la violencia de mi pluma sólo es empleado para ejercer el efecto de la realidad de los más. Los escritores con sentido de masas escapan a las fuentes individuales. Si caemos en ella es —como en este caso— para constituir el sujeto que se entremezcla en la sociedad, y la desintegra con el deshonor de su vida. Las andanzas de un hombre que adula a los amantes de su esposa, que saca muelas, que ha ido a la Universidad, y que se codea con “gente” que se baña, no es ni siquiera una primicia. Ya Eduardo Wilde, aquel sabroso y genial cornudo que llegó hasta ministro en nuestro país, aseguraba que los “cuernos ayudan a comer”. Y lo aseguró con un conmovedor cinismo. Pero Wilde tenía talento y un escritor con talento como lo era tiene derecho a ser escandaloso. José María Del'Hueco no tiene talento, no es escritor, ni llegará a ministro — quedábamos de acuerdo que en la Argentina pudo serlo hasta Abalos.

Simplemente, es un pederasta que sacaba muelas en Las Rosas, provincia de Santa Fe, y escarbaba las caries de tercer y cuarto grado, donde los agricul-

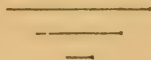
tores guardan —como en una sinagoga— los granos de pimienta de los embutidos que se confeccionan en las colonias. El complejo endócrino de los pederastas, en los cuales el fenómeno emocional juega el importante papel, ha sido estudiado por Glaser y Abrami. El hilo bio-mental de estos sensibilizados intersexuales los hace caer frecuentemente en “una anafilaxia cerebral”.

En el “Wege der Kulturgeschichte”, pág. 97, está relatado el desequilibrio de los humores y la deshomogeinización de los elementos psíquicos de los homosexuales. Cuando el agente judicial —casi agente patógeno— Rosso, que va y viene a La Plata, me dijo en el hotel Castelar: “diariamente un dentista, José María Del’Hueco —a la hora de los manicos— hace cátedra en el Jockey Club, y trata de denigrarlo, diciendo a voz en cuello que usted es “un canalla, un mistificador, un mal hijo, un mal hermano, un mal amigo, un desfachatado, un ignorante, un vividor, un desconocedor de los problemas científicos de que habla, un desconocedor de la filosofía y de sus movimientos, un desconocedor de la dirección política, un desconocedor hasta de los horarios de los ferrocarriles”, hice memoria, para recordar ese nombre que me sonaba. ¡Ah, ya caigo quién es! Justamente, el pederasta pasivo que sacaba muelas, y que no oculta la admiración que siempre me tuvo, pero murmurándome y descubriendo que yo soy miserable, al que hay que extirpar su nombre, hasta de la guía de teléfonos. Los escritores empezamos a darnos cuenta de que somos grandes cuando nuestras pequeñas “infamias” —que en otro no habría ni para mojar la garganta— empiezan a ser motivos de divulgación. Es indudable que yo, proxeneta adulto de la imbecilidad pública, siento curiosidad por la influencia de este

sub-mundo neurótico. En la ciudad de Córdoba, otro sujeto que no figura en el Registro Civil, se pasó casi diez años, de los doce que yo viví en la docta, mostrando unos papeles en los que “evidenciaba” que yo no era yo, que yo era otro y que yo vivía de prestado del otro. Estas hidrorreas de la inestabilidad del equilibrio neurovegetativo de los tarados son, al fin de cuentas, las que nos hacen célebres. El que haya podido relacionar la histogénia de la crápula con sus ensueños, ha logrado alterar la idea del hombre común. Se trata de utilizar y dirigir la combustión de los “coloides” de la sociedad. Mussolini —concretando un caso contemporáneo— es ni más ni menos que la intelección histórica de un aprovechamiento científico de los cretinos y los abolidos expoliados con fines públicos. Que se dan en las colectividades sin metodología filosófica. El fisiopatólogo von Krehl garantizó la función constructora de los anormales. José María Del'Hueco, que para disimular la sodomía se ha dedicado a explorar raíces en la ciudad de La Plata, está trabajando a sol y a sombra mi denigración, en el lugar que Ameghino —justamente— era tildado de “loco huesero”. Es inevitable. A los helechos no les queda otro camino que vivir de los elementos bioquímicos de la bosta, para que se mantengan en la vereda opuesta de los estigmatizados.

¡Turistas, viajeros de comercio, globe-trotters del planeta: sería conveniente que fuérais a La Plata, que de 12 a 1, en el Jockey Club, un pederasta que saca muelas explicará el curso de mi vida y de mis infamias! ¡Y qué agradable es conocer alguna infamia de un hombre genial! ¡Consuela las nuestras! No deja de ser una ganga tener un “caballero” conchabado para difundirnos en la moldura de su moral. Porque el bellaco que denigra no hace

sino explicar la anatomía de su alma, pero lógicamente, adjudicándosela a un peatón —aunque no lo conozca—, como en este caso. Yo, que vivo en la busca de mis difundidores, he encontrado éste, que me hacía falta. Eso sí, yo le voy a dar una manito, para secundarlo. Que el drama de la difusión lo conozco como mis manos. ¡Si sabré de lo que hay que valerse para ponerle rulemanes a un apellido que empieza en mí y termina en mí, como las semillas! Y lo que no pudo hacer el libertículo rectal y los cuernos de este odontólogo, lo hará mi pluma. Si Cervantes no hubiera tenido los cabrones y los hijos de puta —que lo hostigaban—, no habría escrito el Quijote. Yo estaría como Fernández Moreno, escribiendo versitos, si no me hubieran tirado con tanta mierda. Y a mi pluma la he hecho popular, entre otras cosas para que trescientos mil ciudadanos se enteren de las pelotas que he tenido para decirle pan al pan. ¡Ah! ¿Me querían angelito, para orinarme? ¡Un momento, que ahora orino yo! Soy impaciente, y mi pederastia por las letras no es como la de José María Del'Hueco. La mía no busca cocheros.



ALFREDO MARIO FERREIRO

¿Cuándo nació en mí este amor a la leyenda? Ni yo mismo sé. ¡Biología de aventureros! ¡Los que descendemos de inmigrantes, no podemos ser otra cosa! Casi toda América del Sud está en estas condiciones. Pero la leyenda no cautiva en los libros. ¡Hay que vivirla! ¡Estar adentro de su botín! Desde la infancia tuve una imaginación trasandina. Imaginaba e imaginaba de qué manera el borde de mi caudal estuviera más allá de la realidad. ¡Qué poca cosa es la realidad para un creador! ¡Y qué imponente y fantástico es sublevarse, descabelladamente, contra las cosas establecidas! Si esta cultura materialista, en la que yo me he defecado, colmara mi ansiedad, también la habría discutido y acaso negado. Soy esclavo de lo que escapa a los códigos. Se nace anarquista, como se nace ventruído. Anarquismo sin pólvora, sin cartuchos, sin escopetas, sin sangre.

Miguel Angel Finochietto, aquel exquisito payaso que le regalaron el título de médico en Córdoba, por recomendación de sus hermanos, tenía definiciones célebres: "Mi familia quiere de mí un hombre sometido a la realidad y tendré que simular una sabiduría que me haga rico y estimable". ¡La normalidad se fagocita los seres originales! Y normalidad es acatamiento vegetativo. Alfredo Mario Ferreiro es anormal —tiene talento—, pero lo vive en la domesticidad de sus hábitos biológicos. Cuando llegué a Montevideo —con la vaca—, toda su

rebeldía literaria se le fué al ombligo. Gotear un chiste, una frase, en una reunión, es sustraerse a la acción demoledora, para edificar. Sólo se acepta la burla, si ella corrige. Pero el oficio de hacer reír, de mandar al mundo una rebelión contra las normas, para aplicar el ingenio, es la acción más bellaca que puede manufacturar un hombre que tenga talento. Y el talento no es de uno. Préstamo usurario de Dios, del cual quiere sacar parte.

Negociante sublime —todo es negocio—, se lo concede al que esté en condiciones de asegurar la eternidad de su obra, en el manantial del ingenio, para descubrirla. Le pareció que era, ni más ni menos, un buen terrateniente, que me lanzaba —con mi fortuna— a recorrer el mundo y limpiarle el hígado a los burgueses. Precisamente, en los cuales y a los ~~cuales~~ les hacía “pis”. Antes de disponerme a recorrer el mundo, tenía en la ciudad de Córdoba un perro —amaestrado—, al que le había enseñado a orinar las paredes de la Legislatura. Sacaba todas las tardes el perro, y entraba en la sala de “los pasos perdidos”. En cada rincón —propicio— el can pasaba la tarjeta de visita. Yo me deleitaba secretamente y salía, hasta el día siguiente. Cuando se descubrió la treta del perro lo envenenaron. ¡Tenía el nombre de los legisladores anotado en su cerebro de inteligente y satírico can! La vaca no tiene más finalidad que la de pasar su tarjeta vegetal en los teatros y las calles, y oírme. Y Ferreiro —humorista a domicilio—, ocupado en su cualidad sagaz —que la tiene—, no vió al otro, que con tanta afabilidad interpretó el ministro Vado. La torpeza no puede estar asesorada por la diplomacia. Mis conferencias son actos de torpeza para devorar el mito atribuído a este lamentable estado de nuestra erudición intelectual. Si me escudara en mi in-

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

teligencia, ¿qué eficacia podrían tener estas escenas? Alfredo Mario Ferreiro no ha comprendido de toda la serenidad que hay que estar munido para no dar testimonio de la sabiduría que un hombre puede tener almacenada. Nada más difícil que dar la sensación de bruto y de bestia. ¡Y qué simple y fácil es ser consagrado por la mediocridad! La filosofía satírica es la actitud espiritual con la cual un hombre se prepara a acatar el desorden y lo ilógico. ¡La vida de relaciones es la armonía del desorden!

Y él comprende esto de veras y sale a explicarlo; deja de ser un sacerdote pueril.





ULISES PETIT DE MURAT

¿Pero todos se entusiasmaron a negar el contenido social y filosófico del "hombre de la vaca"? ¡No!, porque la sociedad no siempre tiene suficiente sabiduría para divertirse con lo "pintoresco". Ni en base a su ingénita desconfianza, cree mucho en los "idiotas". Además, porque en la generación de hombres jóvenes hay valores de veras. Buenos Aires es un paquidermo, manejado por cuarenta hombres. ¡Alarmante, pero estrictamente cierto! La generación con talento se desangra en las confiterías, es haragana, su fuerza la pierde en el gas de su impracticabilidad. Cuando la mediocridad dirige es porque los otros hombres están suprimidos e invalidados. Ulises Petit de Murat no ignoraba que el momento porque atraviesa la cultura de esta época merecía vejarla. Es esta "cultura" en la que hay que cargarse. Pero todos nos preguntamos: ¿Y quién es el que va hasta la academia con la vaca para que se cague en su vereda? Y fui yo, con la "hermana vaca", para que ella pasara su tarjeta de visita.

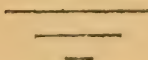
Yo ya le había remitido uno de mis libros impresos en papel higiénico. "El vademécum del perfecto diputado", que hice imprimir en Córdoba, inspirado en aquel legislador Gustavo Vernet, a quien bauticé de "Lotería de Salta", por su valor insignificante.

Ya Ulises, desde su mundo periodístico, cuando dirigía el suplemento literario de "Crítica", justificaba la misión estúpida de hacer policía secreta en

los ladrones intelectuales y trabajar con heroísmo. Más allá de la burla.

¡EL PAIS DONDE MAS SE ROBA LA PRODUCCION INTELECTUAL ES LA ARGENTINA! En ciencias, se copia; en literatura, se copia; en arte, se copia, y de este calco grosero, que ha consagrado a tanto canalla, que denigra el gremio de los delincuentes, todavía se exige que haya conciencia, invocada por los que tienen la "trampa" en la mano. El que no pueda ser escritor o artista, que sea asaltante, pero que no insista en vivir fuera de su hogar.

"La consagración de un intelectual no finca en la moderación con que se le juzgue". Ulises Petit de Murat no tuvo miedo de decírmelo por carta. Porque ~~sin~~ pertenecer a esta modalidad independiente, su cultura y su talento, es testigo de la lucha que se sostiene, para acreditar la sabiduría, en los términos inquebrantables de la verdad profundamente humana.



CORDOVA ITURBURU

Los poetas tienen la cabeza llena de cosas incoherentes, pero, ¿qué harían, Dios mío, si las lograran ya? ¿Por qué soñarían?... Es que, para el que nació poeta como Córdova Iturburu, ¡todo puede ser cierto! Nada se extravía. Porque, al fin y al cabo, si esta presurosa clasificación de "loco" se otorga al que habla de cosas sin finalidad alimenticia inmediata, el poeta lo es, en la más amplia y mística verdad. Desvaría con lo bello. Vive allá...

Frut decía que la ira impide al ánimo descubrir la verdad. Para el ensoñativo —psicómetro de nubes— le es innecesaria la venganza. ¡Como los pájaros! Su canto es la venganza del encierro. Yo, en cambio, algunas veces monto en cólera. Para dar la medida de enfermiza debilidad espiritual. Vernage aseguraba que la ira y la altanería eran el privilegio de las almas femeninas. ¿Qué hombre que carga la responsabilidad de su sexo —no elegido—, deja de comprender la delicada pasión que se oculta en las pasiones? Cuando fuímos hasta la Dirección de "El Hogar", con Córdova Iturburu, yo comprendí su sufrimiento frente a Josué Quesada, para hacerle notar que detrás de ese hombre del gorro de turco —con que me paseara por Buenos Aires— había un poeta crédulo de la eficacia de sus burlas. Josué Quesada, con ese "remanente de porcino con triquina", nos había dejado la bastilla de sebo y colesterina que lo circunda —sentado en el sofá—,

mientras su alma vigilaba con teodolito el pozo de balde de su vientre, abotagado de bosta. La grasa es la ceniza de los músculos. El sistema nervioso se reviste de una camisa cérica, y pocas veces el gordo se agiliza en los resortes premonitores de la paranoia —furia feliz por evadirse del tacho de los fermentos químicos.

¿Qué habrá pensado para su camiseta este vehículo de ciento treinta kilos, que debuta de "sparring" en una Revista Burguesa? ¿Sería exquisito verlo opinar públicamente, desde ese monumento de tocino, bofes, nalgas, amígdalas infartadas, muelas con caries, juanetes? Apenas vi su estuche me senté en su bóveda palatina, y desde allí miraba a Iturburu y a Viñole. Entre los movimientos peristálticos de los cuatro estómagos de Josué, quedaban apagados los ruidos de la gente con inquietudes que caminaban alrededor de esta batea de gelatina.

Salimos, y Córdoba Iturburu, con su alma industrializada en el perdón, insistía: "es un buen gordo", "su anestesia es porque sirve al capitalismo". Y mientras todos estos cojudos de caballeriza "tienen en sus manos" la reputación de los obreros del amor a la cultura, nos escurrimos avergonzados de esta "vela de sebo" que se consume entre los bastidores de su próspera mediocridad burguesa.

Si de la palabra comprensiva de Josué Quesada hubiera dependido la adhesión pública a mis panfletos, yo todavía estaría matrimoniado con el olvido. Mas, como sé que esta generación puede equivocarse, como se equivocó —la otra— con Faustino Sarmiento, tengo suficiente cuidado para persignarme ante estos propietarios colíticos secos del corazón y del cerebro.

Y lo que faltó a este nudo de tocino ad referén-

CIEN CABEZAS QUE SE USAN

dum de la muerte, lo hizo la dulce mirada de este poeta amigo.

Yo no sé si este mausoleo aplastado por el ácido úrico habría tenido el valor de andar con la vaca, aunque dentro de su tórax la tenga colgada en su despostadero de campaña, pero aguardé casi un año para explicarle que esa cruz que llevaba al cuello, y con la que fuí a visitarle —con esas tres rayas coloradas en su centro—, significaban las tres puñetas que yo me he hecho ante la indiferencia de los directores de revistas, intelectuales, obispos y escribas de la legua, que me miraban como si fuera una sementera de lino atacada del “roya”.

Yo había venido a ganarme la popularidad, debutando de idiota. No era en balde la ilusión que alimentaba de poder identificarme con Josué Quesada.



LA CABEZA DEL HOMBRE PERFECTO

A la gran mayoría de los escritores el hambre les ha puesto un freno con anteojeras. A mí me lo ha quitado. Este clima "mórbido" que destilan estas páginas ha sido buscado para emanciparme de las biografías. Emil Ludwig prueba que el biógrafo es una persona que se autoelogia en la persona de un tercero. Dice lo que quisiera que se diga de él. En este aspecto no estoy en desacuerdo con el novedoso y difundido panegirista, que en parodia de niños envueltos nos administra sus personajes, con un atrevimiento parecido al de este libro, o talvez más tenebroso, porque Ludwig inventa. Yo he trasmitido literalmente mis impresiones, sin hacerlas pasar por la peluquería. He degollado la rumbosidad, para procesar a esa generación de "tamboros con cascabel". El lector puede pisar. Hay algunos huecos. Deben estar en el lector. Yo no puedo regalarle un cráneo a cada uno. No es cosa mía. Un libro —o lo que sea—, sí, porque en mi osario tengo huesos hasta de la epopeya de la Gran Bretaña. Más comediente que perverso, hago intervenir mi sonambulismo, como un juguete voluptuoso, en el cual se puede deslizar muchas de las aterradoras verdades que han desordenado la sociedad.

La única cabeza de la cual no he hablado, es la del HOMBRE PERFECTO. Era imposible hablar de ella: "EL HOMBRE PERFECTO NO EXISTE!"

Perfecto es el hombre que nos parece tal. Y esto nos ocurrirá cada vez que nos sea dable contemplar las cosas con nuestra perfección.

Y en tanto no la tengamos, habremos de buscarla, como yo he salido a buscarla en todos los caminos. Bregando para que se me discuta, para que se me ataque, se me combata, se me ridiculice. ¡Así se hace la personalidad! Un intelectual no debe ser nada más que un operario, que a sol y a sombra trabaja, armando y desarmando la psicología de los hombres que componen el mundo. El único mamífero digno de mención es el hombre. ¡No queda otra cosa en que matar el tiempo, hasta que vengan los gusanos de la morgue!

NOTA DEL AUTOR. — ESTE LIBRO FUE ESCRITO EN DOS HORAS TREINTA Y OCHO MINUTOS. En la época que existía en la tierra, no había otras cabezas dignas de mencionárselas.



INDICE

Prólogo	7
Ramón J. Cárcano	13
Oliverio Gironde	19
Antonio Zamora	21
José P. Barreiro	23
Juan José de Soiza Reilly	29
Juan Carlos Petrone	33
Emilio Sánchez	37
Emilita Bertole	39
Juan Filloy	41
Natalio Botana	43
Miguel Angel Cárcano	49
Alfredo L. Palacios	55
Leopoldo Lugones	59
Andrés Guevara	63
José Aguirre Cámara	67
Manuel A. Fresco	71
Rafael Pérez	75
Ricardo Vizcaya	79
Cándido Pérez García	81
Gilberto Suárez Lagos	83
José Heriberto Martínez	85
Jaime Roca	87
Eduardo Vedoya	89
Nora Lange	91
Alberto Garzón	93
José María Del'Hueco	95
Alfredo Mario Ferreiro	99
Ulises Petit de Murat	103
Córdova Iturburu	105
La Cabeza del Hombre Perfecto	109

F
1407
V55

Viñole, Omar
Cien cabezas que se usan

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 30 05 10 006 1